

I**ALIANZA DE AMOR DE DIOS CON LOS
HOMBRES**

*Nos has admitido a tu Comunión,
no porque tú necesitaras de nosotros;
somos nosotros los que te necesitamos.*

De la Oda IV de Salomón

*Acuérdate, Señor, de tu Ekklesía,
para librarla de todo mal
y hacerla perfecta en tu amor.
Reúnela de los cuatro vientos,
santificada,
en el Reino tuyo que le has preparado.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.*

Didaché 10

**LA IGLESIA COMO ESPOSA DE CRISTO A
LA LUZ DE LA ESCRITURA, DE LA
DOCTRINA DE LOS PADRES
Y DE LA LITURGIA**

LA ERA DE LA IGLESIA

Es un don especial de Dios a nuestra época el que la esencia íntima de la Iglesia comience de nuevo a abrirsele ; el que la Iglesia tome nuevamente conciencia de sí misma. No era sólo que el mundo no entendiera a la Iglesia y que la juzgara únicamente por sus apariencias externas o aun por las faltas de sus miembros. No, era la misma Iglesia, es decir, los hombres que son sus miembros, la que no tenía conciencia plena de su propia esencia y dignidad. Ahora bien, nadie puede llenar su cometido y realizar su propia esencia, si no tiene conciencia clara de lo que es y debe ser, y no acepta con toda su alma su propia esencia. Así pues, este nuevo despertar de la Iglesia —o de la Ekklesía, como preferimos llamarla con la Escritura, pues la palabra "Iglesia", para muchos, está ya gastada y, es más, a veces provoca de antemano antipatía y oposición— significa, ni más ni menos, que la historia del Reino de Dios en la tierra y, al mismo tiempo, la historia de toda la humanidad cuyo centro es la Ekklesía, se dirige hacia una nueva época. Quizá lleguemos de este modo alguna vez a dar a la palabra "Edad Media" un sentido enteramente nuevo. [Hasta ahora se ha llamado "Edad Media", más o menos despectivamente, a aquella época que era sólo una transición entre dos épocas luminosas del género humano, un estadio de transición entre la Antigüedad y su presunto resurgir, que por este nuevo nacimiento se llama orgullosamente Renacimiento. Lo que media entre esas dos épocas es considerado como la "oscura Edad Media" (*medium aevum*, tiempo intermedio). Acaso algún día, cuando se reconozca el verdadero valor de las cosas, precisamente a esta época, aparentemente tan luminosa, del Renacimiento, la época de la liberación del individuo, de la "Ilustración", de las ciencias naturales, de la técnica y del progreso, se la considere como la época del oscurecimiento real de la humanidad y se le reserve a ella

con más justicia el nombre de Edad Media, de época de transición entre dos épocas de fe. Las épocas de fe, según Goethe y por experiencia antiquísima, son tiempos florecientes, grandes, creadores, épocas en que el hombre se mantiene dentro de su plan eterno y, llevado del espíritu comunitario, crea obras grandes supraindividuales. Es verdad que no podemos todavía descubrir los secretos que guarda el futuro ; no podemos saber todavía si al mundo, y más en concreto a Europa, le cabrá una vez más vivir una época de mayor sentido de comunidad. Pero sí es seguro que la Iglesia reflexiona nuevamente sobre su propia esencia, y que los cristianos del mundo entero invocan a la Iglesia, a la *Una Salida Catholica Apostolica*. Se ha dicho con razón que ha amanecido un "siglo de la Iglesia" .

La Iglesia estuvo en el centro del pensamiento objetivo de la antigüedad cristiana, hasta la Edad Media germánica. No queremos decir con ello que los últimos siglos de la llamada Epoca Moderna no hayan tenido conciencia de la Iglesia. Por de pronto, sabemos que la Iglesia sobrevivía y que brillaba en verdad y santidad, aun cuando muchas veces sus propios hijos no la comprendieran enteramente. La teoría sobre la Iglesia tampoco se había descuidado en realidad. Quizá en teoría se hablaba de ella más que en los primeros siglos, cuando la Iglesia vivía en las almas con toda naturalidad ; generalmente se habla más de aquello que no se tiene. El mismo mundo ajeno a la Iglesia se veía obligado a ocuparse más de ella en teoría, pues se encontraba ante ella como ante un bloque errático en medio de un mundo enteramente cambiado. Hoy que el liberalismo ha descubierto sus propias deficiencias, la Iglesia es apreciada y admirada como el último baluarte de la verdadera autoridad. Pero aun dentro de la misma Iglesia ha brotado un nuevo sentido de la Iglesia. Lo que la Iglesia antigua practicaba y amaba naturalmente, ahora, después de larga y penosa experiencia, vuelve a apreciarse y comprenderse con mayor hondura.

¡Oh Santa Ekklesía!, era el grito jubiloso de la Iglesia antigua. Junto a nombre de Cristo, no había otra palabra que fuera tan querida como ésta con que la Iglesia se expresaba a sí misma en su unión con Cristo. Por supuesto, esta exclamación de amor no podía ser tan clara ni tan sentida, a no ser por-que la Iglesia se contemplaba a sí misma en su esencia más íntima, en su Alianza de amor con Cristo : como *Sponsa Christi*, Esposa de Cristo.

En las épocas de individualismo que hemos mencionado más arriba se había perdido o descuidado, al menos en la conciencia viva de los fieles y en la teología, esta manera de llamar y de concebir la Iglesia. A veces se llegó a considerar con cierto desprecio el lenguaje antiguo como "débil, impreciso, puramente simbólico". Se sentían orgullosos de poder definir la Iglesia con más claridad y precisión. El concepto jurídico de la Iglesia, de suyo fundado, desde el principio en la esencia misma de la Iglesia, se fue construyendo unilateralmente y fue San Belarmino quien lo llevó a su pleno desarrollo.

No se puede negar que esta noción de la Iglesia como sociedad jurídica visible, gobernada por el Papa y los Obispos, y organizada hasta en sus últimos detalles, era muy importante y valiosa, es más, absolutamente necesaria en unos siglos, como los últimos, con sus tendencias disolventes. Desde un principio, aun en su juventud pneumática, la Iglesia poseyó un derecho y una organización jerárquica, y lo tendrá que tener siempre, hasta que en la Iglesia celeste sólo el Agape sea la ley de vida del Reino de Dios. Pero quizá algunas veces se ha olvidado demasiado que, en la Iglesia, el derecho y la organización sólo se justifican como brotes del Agape, es decir, del Amor divino y deiforme, y al servicio del Agape. La Iglesia, para los antiguos cristianos es, ante todo, "Agape", sociedad de amor,

edificada sobre el Amor de Dios que se revela en Cristo; por eso mismo su mejor expresión la encuentra en el Agape, en el convite de amor, que originariamente estaba vinculado a la Eucaristía. El derecho debe intervenir con más fuerza solamente cuando el Agape se va enfriando. La expresión más profunda y significativa de esta característica de la Iglesia era su denominación como Es-posa de Cristo.

Para nosotros, los hombres, en la palabra "Esposa" toma cuerpo la síntesis del más profundo y devoto amor. Dios ha creado al hombre y a la mujer de tal suerte, que se sacrifiquen el uno por el otro, se entreguen mutuamente y sean una misma cosa en entrega desinteresada. La esposa no vive para sí, sino que vive enteramente para su esposo amado, cuyo nombre lleva y en cuya existencia entra. Por esta razón la Escritura, desde el principio, consideró esta comunidad humana de amor como una imagen y una analogía del Amor divino para con la humanidad y de la correspondencia de la humanidad a ese Amor.

Tras la imagen de la Esposa de Cristo se esconde, pues, una forma primitiva del orden humano del ser ; ésta, a su vez, se apoya en un hecho fundamental del ser humano. Ya que Dios no creó al hombre como hombre por sí solo, sino que como dice el *Génesis*, lo creó como hombre y mujer. Si Dios creó en primer término al hombre a su imagen y semejanza, y expresó en él su propia esencia, la división del hombre en hombre y mujer es también ciertamente una acción creadora de Dios, llena de insondables profundidades. Al ser del hombre en sí mismo sigue inmediatamente la diferenciación del hombre y de la humanidad en varones y hembras. Los Santos Padres, al tratar de estos capítulos del *Génesis*, se explicaron sobre estas ideas y vieron aquí una imagen de Cristo y de la Iglesia. La especulación sobre Cristo-Adán provocó, a modo de complemento, una especulación sobre Eva-Ekklesía. Más adelante escucharemos a algunos Padres

expresarse sobre este punto. Se puede resumir su doctrina diciendo que lo varonil representa a Cristo, es decir, la revelación divina, y que lo femenino es figura de la creación que se dirige hacia Dios y es aceptada por Dios, es decir, de la Ekklesía, la "convocada" y escogida de entre la humanidad, llamada a ser Esposa de Cristo, del Hombre Dios, y por tanto del mismo Dios. El hombre y la mujer, en su significación última, son figuras místicas de la Alianza de Cristo con la Iglesia.

A esta forma primitiva del ser humano viene a agregarse un segundo elemento como requisito para la doctrina de la Iglesia como Esposa de Cristo. Comprendemos que de un hombre concreto, especialmente de una mujer, se diga que es esposa de Cristo. En los cultos paganos hubo ya una concepción parecida, cuando a veces se consideraba a una sacerdotisa como esposa de un dios. Pero ¿cómo se puede afirmar que es esposa un pueblo; sobre todo, un pueblo que abarca el mundo entero e incluye hombres y mujeres?

Antes de examinar los fundamentos profundos que derivan de la revelación, tenemos que tomar en consideración los presupuestos naturales de esta concepción y recordar una característica de la mentalidad objetiva del mundo antiguo que los siglos de individualismo y racionalismo nos han hecho olvidar hace algún tiempo. El hombre sencillo, y por lo mismo también el hombre de la antigüedad, mientras no esté deformado por ideologías individualistas, piensa ante todo en colectividad y en comunidad, y esto precisamente porque parte de lo religioso. Lo religioso ve siempre en primer término la colectividad, y quiere explicarse ante todo la colectividad, comprender todas sus relaciones vitales. Lo que decimos de las religiones primitivas, lo encontramos de un modo particularmente claro en el Antiguo Testamento, donde la idea de Dios llena de tal modo todo el pensamiento, que de hecho Yavé constituye el contenido dominante de toda frase

de las Sagradas Escrituras. Pero cuando se contempla la comunidad humana desde arriba, a partir de Dios, aparece en primer lugar como una colectividad que está frente a Dios como una unidad, y por cierto como una unidad que depende de Dios. Al crear Dios al hombre y hacer que todos los hombres descendieran de una sola pareja humana, nos inculcó todavía con más fuerza esta unidad. Más adelante Dios concertó una alianza con todo el pueblo de Israel. El israelita individuo es objeto de la providencia y amor de Dios, pero sólo como miembro de Israel, del pueblo de Dios. Por eso mismo él se siente, ante todo, miembro del pueblo de Dios. Así es como todo el pueblo de Israel puede presentarse ante Dios como *una sola* persona. Precisamente Dios le va formando siempre de este modo. El culto sagrado del templo, la celebración de la Pascua, la entrada en el pueblo por la circuncisión y otras cosas más, mantienen al pueblo en su estabilidad religiosa ⁴. No han sido la voluntad humana de los individuos, ni la sangre como tal, ni la decisión libre del pueblo las que 'han formado a Israel, sino que ha sido Yavé, el Señor y Dios, quien concertó con él la Alianza y le dio la Ley, los ritos y los sacramentos de la Antigua Alianza ; de la masa del pueblo formó. una unidad religiosa, de la cual no son más que miembros y parte los individuos israelitas.

Esta manera de concebir colectivamente les es común con otros pueblos de la antigüedad, aunque no en una forma tan marcadamente religiosa. Las antiguas ciudades y estados del Oriente y más tarde los pueblos y estados de la antigua Hélade y de los romanos están imbuidos por el mismo sentido de la unidad. Aquí radicaba, por ejemplo, la tendencia a la personificación, que nosotros conocemos principalmente por la mitología y el arte griegos. En las fuerzas de la naturaleza y en las figuras psíquicas, el griego ve a un dios con rasgos personales; ve su estado, la Polis, como una persona. Conocemos, por ejemplo, la Tyche de la ciudad de Antioquía, que reina como una señora sobre el Orontes ;

conocemos la diosa Roma que en la época helenístico-romana recibió los honores de diosa juntamente con el Emperador. Igual que Jerusalén para el judío, Roma, y más tarde la Nueva Roma (Bizancio), se presentan al hombre de aquel tiempo como seres personales con vida propia.

A la formación de la idea de Iglesia contribuyó todavía otro pensamiento de la antigüedad. Ya los antiguos moradores de la región del Eufrates estaban convencidos de que a cada ciudad de la tierra corresponde en el cielo un modelo divino, que no conoce las imperfecciones de la copia terrena. Cuando un profeta de Israel, por ejemplo, Ezequiel, habla de la (futura Jerusalén ideal podía muy bien depender de una idea de éstas. Esta concepción de modelos celestes de las realidades terrenas encontró su fundamentación filosófica en la filosofía platónica influenciada por el Oriente. En todo objeto terreno la filosofía platónica recuerda la idea primitiva de Dios que no está mancillada ni amortiguada por la materia y sus contingencias, sino que resplandece con una hermosura eternamente perfecta.

Todas estas ideas convergieron en la idea cristiana de Iglesia, mujer supraterrrenal que resplandece en su pura belleza y es presentada a Dios como Esposa. Su confirmación y su plenitud la encontraron en la Encarnación de Dios en Cristo y en la santa "Oikonomía", en el plan salvador de la Redención.

Los Padres de la Iglesia descubren un paralelismo misterioso entre la formación de la primera mujer y la formación de la Ekklesía. La mano de Dios no creó a la primera mujer directamente, como al hombre, sino que la formó del cuerpo de Adán dormido, que era el hijo primogénito de Dios 7 creado a imagen de Dios y animado por su Pneuma. En su creación, la mujer pasa por el hombre; sus relaciones con Dios las tendrá a través del hombre ; su retorno a Dios es

también a través del hombre como sacerdote. La mujer es "carne de su carne y hueso de sus huesos". En esto estriba toda la dependencia esencial de la mujer respecto del hombre y al mismo tiempo su comunidad de vida íntima con él. De modo semejante, la Ekklesía brotó del costado del segundo y último Adán dormido en la cruz, de la Sangre de su corazón que derramó por ella en la muerte. La obra redentora del Hombre Dios está orientada a la Ekklesía. Ella es fruto de la muerte y de la nueva vida de Cristo, pues también ella resucita con El de su muerte. Como Dios y Hombre a la vez, El es Hijo de Dios en el sentido más pleno. La Ekklesía es también Esposa de Dios a través del Hombre Jesucristo, y en primer lugar a través de su cuerpo. Ella fue formada de su cuerpo ; es parte de El; es también su mujer. Hay una relación profunda entre la idea de Cuerpo de Cristo y la otra idea de la Ekklesía como Esposa de Cristo. Esto lo encontraremos expresado con más precisión en la *Epístola a los Efesios*. Las dos ideas, la de 'Cuerpo y la de Esposa, son imágenes de una misma e idéntica realidad que se completan mutuamente. Si la idea de Cuerpo expresa la unidad perfecta de la Iglesia con la Cabeza Cristo, la idea de Esposa expresa la perfecta libertad del Agape con que las dos personas se aman libremente y, sin embargo, están unidas con una unión esencial. Si la idea de Cuerpo pudiera llevar a una mezcla de Dios y Hombre, la idea de Esposa salva el carácter de criatura que conserva la Iglesia a pesar de su profundísima y esencial unión con Dios. Por otra parte, la idea de

Cfr. Lc., 3, 38; sobre esto San Ambrosio, *In Luc.*, 111, 49.

Cuerpo completa la otra imagen de la Esposa; toda su plenitud se vierte en la otra idea. Cuerpo de Cristo es su cuerpo natural, su cuerpo eucarístico, su Cuerpo místico (pneumático). Si nos referimos al cuerpo natural de Cristo, pensamos en primer término en aquel cuerpo que asumió el Logos, murió en la cruz y fue colo-cado en un sepulcro. Pero

este cuerpo fue desde el principio, cuerpo del Logos, es decir, una naturaleza humana hipostáticamente unida a la naturaleza divina del Logos y santificada por ella; por eso tuvo que participar todavía más de su exaltación pneumática desde el momento de su resurrección, pues desde que fue ascendido a Kyrios, a Pneuma 8, el Señor nos envió desde la diestra del Padre su vida y su salvación. Este Señor pneumático es también Esposo de la Iglesia. El Jesús histórico como tal no podía ser Esposo de la Iglesia; sólo podía serlo el Jesús crucificado y glorificado, el Jesús convertido en Pneuma. Ese podía ser en adelante la Cabeza de la Iglesia, su principio más íntimo de vida y su plenitud que la llena enteramente, haciéndola Ekklesía.

Cristo es, por consiguiente, Esposo de la Iglesia en cuanto que la ha adquirido mediante la oblación de su cuerpo y de su sangre, y se ha desposado con ella mediante el Pneuma; en cuanto que es su Cabeza y Señor, y la cubre enteramente con su sombra y la penetra haciendo que su Sangre sea la Sangre de ella y su Pneuma, el Pneuma de ella. Es, pues, su modelo en todo, su arquetipo ; ella es su cuerpo, su pleroma, es decir, la realización y representación perfecta de Aquel que lo acaba todo en todos (*Eph.*, 1, 23).

Cfr. 1 Cor., 15, 45; 2 Cor., 3, 17.

LA EKKLESIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

Al querer mostrar lo que dicen algunos textos del Nuevo Testamento, nuestros ojos se posan, en primer lugar, en la *Epístola a los Efesios*, que está totalmente dominada por el pensamiento del Misterio de Cristo que se realiza en la Ekklesía. Cristo, el Kyrios glorificado, aparece aquí como Cabeza y Esposa de la Ekklesía.

Dios le "resucitó de entre los muertos y le sentó a su diestra

en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. A El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Ekklesía, que es su cuerpo la plenitud del que lo acaba todo en todos" (*Eph.*, 1, 20-23).

Lo que aquí se dice respecto de la Cabeza y el Cuerpo (*Eph.*, 5, 22-33), lo combina con la idea de Esposa. Leemos :

"Las casadas están sujetas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Ekklesía y salvador de su cuerpo. Y como la Ekklesía está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo. Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Ekklesía y se entregó por ella para santificarla purificándola, mediante el lavado del agua, con la palabra, a fin de presentársela a Sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne sino que la alimenta y abriga como Cristo a la Ekklesía, porque somos miembros de su cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Gran misterio éste, pero yo digo : En Cristo y en la Ekklesía..."

Aquí se dice claramente que la Ekklesía es Cuerpo, pero también Esposa de Cristo. La esposa es carne y cuerpo del marido, hasta el punto de identificarse con el marido de modo que éste al amarla se ama a sí mismo. Este "Misterio", a saber, este hecho, que por encima de sí mismo nos está indicando una esfera divina, se cumple en el sentido más elevado en Cristo y en la Ekklesía. *Eis Christón kal eis tén ekklesían* no se debe traducir, como se hace frecuentemente, "en orden a..." o "respecto de..." o cosa parecida ; antes bien

eis con acusativo equivale aquí a *en* con dativo, como ocurre muchas veces en el griego tardío 10. Se expresa así la esfera divina en que se cumple el "Misterio" divino. La realidad que se esconde tras la idea de esposa y cuerpo es, según esto, la unión estrechísima que existe entre Cristo y la Ekklesia que, como cabeza y cuerpo, o como esposo y esposa, forman el único Cristo ; unión pneumático-+física, que no suprime la distancia que separa a la criatura del Creador 11 ni tampoco elimina la libertad de la entrega recíproca en el amor. Esta misma imagen de la esposa virginal la aplica San Pablo, en la *Segunda Carta a los Corintios* (11, 2), a la Ekklesia de Corinto, es decir, a una Iglesia particular, pero que es parte e imagen de la Iglesia universal. Escribe San Pablo : "Os celo con celo de Dios, pues os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen."

La esposa debe ser, pues, virgen, es decir, debe pertenecer enteramente al Señor. A esta imagen se contraponen la imagen contraria en un pasaje de la *Primera Carta a los Corintios* (6, 16-17) :

"¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace un cuerpo con ella? Porque serán los dos, dice, en una carne. Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con El."

En *Gál.*, 4, 26 se describe cómo esta esposa virginal, que es esposa de Cristo, es nuestra madre : "La Jerusalén de arriba es libre, ésta es nuestra madre."

Este pasaje combina la idea de ciudad, mencionada más arriba, con la idea de esposa. Se ve por *Gál.*, 4, 19 que esta idea de maternidad se realiza de una manera especial en el Apóstol ; dirigiéndose a los cristianos en peligro, les dice San Pablo : " ¡Hijos míos por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros ! "

10. Cfr., por ejemplo, *Rom.*, 6, 3 s.

11. Cfr. *1 Cor.*, 12, 12: "...así es también Cristo".

También en San Juan aparece Cristo como Esposo, pues de él dice San Juan Bautista (*Jo.*, 3, 29) : "El que tiene esposa es esposo."¹²

Ya sabemos por sus mismas palabras y parábolas cómo el Señor se sentía esposo ". En una visión diáfana, el vidente de Patmos contempla a la Ekklesía como esposa :

"Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo" (*Apoc.*, 21, 2).

El ángel presenta a Juan esta Esposa del Cordero :

"Ven y te mostraré la novia, la esposa del Cordero. Me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios."

Al final de la visión oímos cómo anhela esta esposa la venida del Esposo: "Y el Espíritu y la Esposa dicen : Ven" (*Apoc.*, 21, 9 s. y 22, 17).

Precisamente esta visión del *Apocalipsis* nos muestra la esencia de la Ekklesía en cuanto realidad celestial que desciende de Dios, es decir, que no nace por voluntad humana, sino que está formada por el Pneuma de Dios ". Ahora vamos a demostrar con unos pocos pasajes cómo perduran en los Padres más antiguos estas ideas del Nuevo Testamento.

12. Cfr. *Mat.*, 9, 15; 22, 2 ss.; 25, 1 ss.

LA DOCTRINA DE LA IGLESIA EN LOS SANTOS PADRES

San Ignacio de Antioquía, Obispo y Mártir, tan poseído por la idea de la Iglesia y de su gobierno jerárquico, no había de la Iglesia como Esposa de Cristo. Tenía, en cambio, muy metida la idea del Cuerpo de Cristo tan estrechamente emparentada con aquélla. Esto es lo que escribe en la carta a los de Esmirna:

"Yo glorifico a Jesucristo, Dios, que es quien hasta tal punto os ha hecho sabios; pues muy bien me di cuenta de cuán apercebidos estáis de fe incommovible, bien así como si estuvierais clavados, en carne, y en espíritu, sobre la cruz de Jesucristo y qué afianzados en la caridad por la sangre del mismo Cristo. Y es que os vi llenos de certidumbre en lo tocante a Nuestro Señor, el cual es, con toda verdad, del linaje de David según la carne, hijo de Dios, según la voluntad y poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, para que fuera por El cumplida toda justicia. De verdad, final-mente, fue clavado en la cruz bajo Poncio Pilato y el tetrarca Herodes —de *cuyo* fruto somos nosotros, fruto, digo, de su divina y bienaventurada Pasión—, a fin de alzar bandera por los siglos, por medio de su Resurrección, entre sus santos y fieles, ora vengan de los judíos, ora de los gentiles, aunados en un solo cuerpo de su Ekklesía" ¹⁴

La Iglesia aparece aquí como fruto de la Encarnación y de la Pasión del Señor, pero, al mismo tiempo, también de la Resurrección. La Pasión es "divina y bienaventurada" porque fue aceptada y consumada por Dios mediante la Resurrección. Por ella el Señor se adquirió el cuerpo de la Iglesia y la hizo, podemos añadir nosotros, su Esposa.

Una frase de Anastasio el Sinaíta nos mostrará hasta qué punto los Padres más antiguos aplicaban a Cristo y a su Esposa los primeros capítulos del *Génesis* :

"Siguiendo la pauta del famoso Papías de Hierápolis, discípulo del Apóstol que descansó sobre el pecho del Señor, y de Clemente y de Panteno, sacerdote de Alejandría, y del sabio Ammonio, exegetas antiguos anteriores a los Concilios, que interpretaron todo el *Hexaemeron* aplicándolo a Cristo y a la Ekklesía..." 15'.

14. *Epíst. ad Smyrn.* 1.

15. *Contempl. Anagog. in Hexaem. Lib. I, PG 89, 860.*

Algo más adelante dice él mismo:

"Los más antiguos exegetas de las Iglesias, me refiero al filósofo Filón, contemporáneo de los Apóstoles, y al famoso Papías de Hierápolis, discípulo del evangelista Juan— y cuyos discípulos entendieron pneumáticamente la historia del Paraíso, refiriéndola a la Ekklesía de Cristo" 16

¹⁶ Lib. VII, PG 89, 962.

El primer texto explícito sobre esta especulación nos lo brinda la llamada segunda carta de Clemente, que viene a ser la homilía cristiana más antigua (del siglo II):

"Así pues, hermanos, si cumpliéremos la voluntad del Padre, nuestro Dios, perteneceremos a la Ekklesía primera, la espiritual, la que fue fundada antes del sol y la luna...
Escojamos, por ende, pertenecer a la Ekklesía de la vida, a fin de salvarnos. No creo, por lo demás, que ignoréis cómo la Iglesia viviente es el cuerpo de Cristo, pues dice la Escritura : Creó Dios al hombre varón y hembra. El varón es Cristo; la hembra, la Ekklesía. Como tampoco que los Libros y los Apóstoles nos enseñan cómo la Ekklesía no es de ahora (es decir, puramente terrena), sino de antes (es decir, desde el principio, desde la eternidad). Era, en efecto, la Iglesia pneumática (a saber : existía en Dios desde la eternidad), como también nuestro Jesús, pero se manifestó en los

últimos días (es decir, al comienzo del nuevo Aión en Cristo), para salvarnos. Pero la Ekklesía, siendo espiritual, se manifestó en la carne de Cristo, poniéndonos así de manifiesto que quien la guardare, la recibirá en el Espíritu Santo. Porque esta carne es la figura del Espíritu Santo. Nadie, pues, que corrompiere la figura recibirá el original. En definitiva, pues, hermanos, esto es lo que dice : Guardad vuestra carne, a fin de que participéis del Espíritu. Ahora bien, si decimos que la Ekklesía es la carne y Cristo el Espíritu, luego el que deshonra la carne, deshonra a la Ekklesía. Ese tal, por ende, no tendrá parte en el Espíritu, que es Cristo. De tan grande vida e incorrupción es capaz de participar esta carne por la unión del Espíritu Santo, que nadie puede decir cumplidamente ni explicar lo que el Señor iha preparado a sus escogidos" 17.

Dentro de su oscuridad, las palabras del predicador revelan lo mucho que sintonizaba él con esta idea. Hace suyas aquellas palabras de San Pablo (*Eph.*, 1, 3-5) en que dice que Dios nos eligió antes de **la** constitución del mundo.

Esta idea de que la Ekklesía descansaba ya en la voluntad de Dios desde toda la eternidad y que, por consiguiente, fue ella el fin propiamente dicho de toda la creación restante, la encontramos expresada de muy diversas maneras en los Padres más antiguos, por ejemplo, en el "Pastor" de Hermas : La Ekklesía "fue creada antes que todas las cosas. Por eso es una Presbítera (anciana) y por causa de ella fue ordenado el mundo" 18.

Clemente de Alejandría dice así en su *Protreptikós* (6, 4):

"Existimos antes de la creación del mundo los que fuimos engendrados para Dios antes, a fin de que pudiéramos ser en El."

Al autor de la segunda carta de Clemente hay que entenderle en este sentido del Plan divino de la Salvación, cuando habla de la primera Ekklesía pneumática. Es la Esposa de Cristo, perfecta ya en la mente de Dios. Así como el mismo Señor se manifestó en la carne al fin de los tiempos, así también esta Ekklesía apareció al fin de los tiempos en su existencia terrena. El creyente tiene que asirse a la Ekklesía terrena, si quiere pertenecer también a la Iglesia pneumática eterna. El camino que lleva al Pneuma sólo pasa a través de la carne. Entendiendo el pasaje de este modo se ve que hermana admirablemente la necesidad de una Iglesia terrestre visible con la imagen ideal y eterna (es decir, con el modelo divino) de la Ekklesía.

De la Iglesia "Virgen-Madre" hablan los Mártires de Lyon en la magnífica carta sobre el martirio de sus hermanos, compuesta probablemente por San Ireneo, que Eusebio nos ha conservado, en parte, en su *Historia Eclesiástica*. Refiriéndose a los

17. Segunda Carta de Clemente Romano, 14.

18. Visio, II, 4.

que fallaron en la persecución, pero luego volvieron a la fe, dicen los Mártires lo siguiente :

"Gran gozo le cupo en suerte a la Virgen-Madre, pues recibió vivos de nuevo a los que había expulsado como fetos muertos 19.

Los mismos Mártires aparecen como Iglesia-Esposa, cuando dicen:

"Avanzaban serenos. Sobre sus rostros se difundía como un resplandor y mucha gracia, hasta el punto de que sus mismas cadenas les servían como de bello adorno, a modo de una esposa que se engalana con vestidos de oro, de mil

colores..." 20.

En estas dos frases la idea de la Esposa virginal la vemos asociada a la idea de la maternidad. San Pablo llamó ya a la Ekklesía una virgen pura. El sentido profundo que encierra esta idea es el de la esposa reumática, cuya virginidad no se corrompe con contaminaciones terrenas. En un sentido muy parecido empleó ya esta imagen, en un texto conservado por Eusebio, Hegesipo, que recorrió las Iglesias a mediados del siglo u, cuando llama "virgen" a la Ekklesía siempre que no esté manchada por herejías :

"Por eso llamaban Virgen a la Ekklesía; porque no había sido mancillada todavía con doctrinas vanas" 21.

San Ireneo de Lyon, a quien hemos mencionado más arriba, recoge en muchos lugares el eco de la doctrina de la Iglesia como Esposa de Cristo. Así, por ejemplo, en su libro *Contra las herejías* dice :

"El matrimonio de Moisés aludía al matrimonio espiritual de Jesús y en la esposa etiópica se reveló la Iglesia de los gentiles" 22. En otra ocasión habla del "hombre regenerado por la Virgen

19. *Hist. cccl.*, V, 1, 45.

20. *Hist. eccl.*, V, 1, 35.

21. *Hist. eccl.*, IV, 22, 4.

22. *Adv. haer.*, IV, 12, 10.

mediante la fe" 23 ; también aplica a la Ekklesía un pasaje de las profecías :

"Los que anunciaron el nacimiento de Emmanuel de la Virgen, revelaron la unión de Dios Logos con su creación; pues el Logos se hará carne y el Hijo de Dios vendrá a ser

hijo del hombre. La que es pura abre puramente su puro seno materno que engendra para Dios a los hombres, seno que El mismo purifica... 24.

La Virgen, pues, se convierte en madre pneumática, y los creyentes son "alimentados a los pechos de la madre para la vida" 25.

Es de fines del siglo it la inscripción de Abercio, obispo de Hierápolis, quien, al igual que el mencionado Hegesipo, recorrió el mundo para visitar la Iglesia en todas partes y comprobar la unidad de su fe. Contempla a la Iglesia bajo la figura de una reina o emperatriz ricamente vestida :

"Ei (Cristo) me envió a Roma, a contemplar allí el Reino y ver una Reina de vestiduras de oro y calzado de oro. Vi también allí un pueblo con un sello resplandeciente."

Se trata de la Ekklesía, que no sólo reina en Occidente, en Roma, sino también en Oriente, como lo indican los versos siguientes. También allí "le precedió la fe y en todas partes le presentaba en comida el puro pez grande de la fuente, que una Virgen pura había cogido."

Esta Virgen pura es también la Ekklesía ²⁶.

En Clemente de Alejandría encontramos varias denominaciones de la Iglesia. Llama a la Ekklesía la "congregación de los elegidos", el "Santuario", que "ha sido erigido en templo por voluntad de Dios 27 la "ciudad de Jerusalén", gobernada por el Logos ²⁸. Para él es, además, el Cuerpo de Cristo :

23. *Adv. haer.*, IV, 33, 4.

24. *Adv. haer.*, IV, 33, 11.

25. *Adv. haer.*, III, 24, 1.

26. El texto en Fr. J. Dülger, *Ichthys*, II, Münster, 1922, pp. 455 ss.

27. *Strom.*, VII, 29, 3 s.; además, 82, 4.

28. *Strom.*, IV, 172, 2.

"Alegóricamente se llama cuerpo a la Ekklesía del Kyrios, al pneumático y santo coro, del cual son sólo carne los que solamente llevan su nombre, pero no viven según el Logos. Mas este cuerpo pneumático, es decir, la santa Ekklesía, no hay que ponerla en contacto de ninguna manera y en nada con la impureza o con la apostasía del Evangelio a la vida pagana. Pues el que vive paganamente en la Ekklesía, ese tal arroja impurezas contra la Ekklesía y contra su propio cuerpo... El que se une a esta meretriz, es decir, con obras contra la alianza, se convierte en un cuerpo distinto que no es santo... Mas el que se une al Señor, es un Pneuma, un cuerpo pneumático..." 29°.

Clemente nos da aquí el nombre más apropiado para el Cuerpo de Cristo, cuando le llama "cuerpo pneumático", porque está animado por el Pneuma de Cristo 30. También habla Clemente del "monte santo de Dios, de la Iglesia superior" 31. Recalca también de buen grado su unidad perfecta, que sólo se cumple en la "antigua y católica Iglesia" 32. Pero prefiere, a todas, la expresión esposa, llamando a la Ekklesía unas veces Virgen, otras Esposa, y otras Madre. Vamos a añadir aquí unos pasajes. Siguiendo a la *Epístola a los Efesios*, en el *Pedagogo* llama a Cristo "Cabeza" y único "Hombre" perfecto en justicia 33. Frente a El está la Virgen y Madre:

"La Madre llama a sus hijos y nosotros buscamos a la Madre, a la Ekklesía" 34.

Su Cabeza es Cristo, como dice Clemente en una interpretación mística de Isaac y Rebeca :

"El Rey, Cristo, se fija desde arriba en nuestra risa (Isaac) y

29 *Strom*, VII, 87, 3-88, 2.

30. La expresión "Cuerpo Místico" los Padres la refieren a la Eucaristía; como designación de la Iglesia no se encuentra hasta el siglo xni. Cfr. F. Sheen, *The Mystical Body of Christ*, Londres, 1935, p. 5 (advertencia de O. Casel).

31. *Strom.*, VI, 108, 1.

32 *Strom.*, VII, 107.

33. *Paid.*, I, 18, 4.

34. *Paid.*, I, 21, 1.

al mirar por la ventana, ve, como dice la Escritura, la acción de gracias y la alabanza, el júbilo y la alegría y, además, la pa-ciencia concomitante (Rebeca) y su unión, su Ekklesía, con que El muestra su propio rostro, que falta a la Ekklesía, que no es completa más que con la cabeza del Rey. ¿Y dónde estaba la ventana por donde se mostró el Kyrios? La carne con que se reveló" 35

De Cristo se dice :

"También El se rió, cuando se vio libre de la muerte, bromeando y regocijándose con la Esposa, con su colaboradora en la obra de nuestra redención, la Ekklesía. Lleva el sacratísimo nombre de Paciencia (Rebeca), porque sólo ella persevera eterna-mente en alegría continua o porque se apoya en la paciencia de los creyentes que son miembros de Cristo..." 36.

Sobra el modo cómo la Iglesia está en la Trinidad 37 (es decir: por la misericordia de Dios ha sido introducida en la corriente de su vida trinitaria más íntima) y cómo alimenta a sus hijos, como con su propia leche, con el Logos y con la Eucaristía, nos dice Clemente en un lugar que suena a himno :

" ¡Oh maravilla mística! Uno es el Padre del universo, uno también el Logos del universo, y uno es también, en todas partes el mismo, el Pneuma santo; una sola es también la Madre-Virgen; mi gozo es llamarla Ekklesía. Por sí sola esta Madre no tenía leche ; porque ella, por sí sola, no es mujer; más bien es, a la vez, Virgen y Madre, inmaculada como una

virgen, llena de amor como una madre, y llama

35. *Paid.*, I, 22, 3-23, 1.

36. *Paid.*, I, 22, 2.

37. El sentido de esta frase queda claro a la luz del texto de Clemente, que sigue a continuación. „La expresión "está en la Trinidad" la tomó del himno siríaco de la Dedicación de las iglesias, donde se dice de la Iglesia : "Pues tu trono está entre el Padre y el Hijo y el Espíritu." Véase la traducción en "Benedikt. Monatschrift" 6 (1924), 21.-Sobre las relaciones de la Iglesia con la Trinidad, cfr. entre otros, M. Schmaus, *Kath. Dogmatik*, III, 1, Munich, 1958, pp. 54 ss.

a sus hijos y los nutre con leche santa, con el Logos que se ha hecho hijo. Por eso no tenía leche : porque su leche era el Logos. Con ella alimenta a este hijo bueno y amable, al cuerpo de Cristo, a la joven humanidad que se nutre del Logos, a la cual el propio Kyrios ha dado a luz entre dolores de su carne, y el propio Kyrios ha envuelto en pañales con su preciosa sangre" 38.

En su *Pedagogo* nos aconseja que acudamos presurosos a esta Madre : "Como hijos de una educación bienaventurada, realicemos la piadosa figura de la Ekklesía y como hijos corramos a nuestra buena Madre y cuando seamos oyentes del Logos, ensalcemos el bendito plan de salvación con que el hombre es educado y santificado como hijo de Dios y adquiere derecho de ciudadanía en el cielo cuando es arrancado de la tierra y llega allí hasta el Padre a quien ha conocido en la tierra" 39.

Si, a pesar de tener un espíritu tan distinto del de Clemente, encontramos idéntico lenguaje en Tertuliano, es una prueba de lo mucho que estaba arraigada esta idea en la Iglesia de aquella época. Cuando Tertuliano habla de Dios como Padre, le viene inmediatamente a las mientes la "Madre Ekklesía" 40. Es tan madre, que el nombre "Madre" basta a caracterizarla 41. A los mártires les recuerda también la "Señora y Madre Ekklesía" 42. En su escrito *Contra Marción* (5, 18) explica así el conocido pasaje de la *Epístola a los*

Efesios: Cristo es la Cabeza de la Ekklesía; ella es su Esposa. Volvemos a encontrar aquí la idea de que la Ekklesía pertenece a la Trinidad, idea que ya hemos encontrado en Clemente : "Allí donde están los tres, es decir, el Padre, el Hijo y el Pneuma Santo, allí está la Ekklesía, que

38. *Paid.*, I, 42, 1 s.

39. *Paid.*, III, 99, 1.

40. *De oratione* 2.

41. *De baptismo* 20.

42. *Ad martyras* 1.

es la incorporación de los tres" (*quae trium corpus est* ; quiere decir que la Trinidad mora en la Iglesia) .43.

Dice también de modo parecido :

"La Ekklesía, en sentido propio y primero, es el mismo Pneuma, donde está la Trinidad de la única divinidad : Padre e Hijo y Santo Pneuma" 44.

No nos es posible aducir todos los lugares en que el gran Orígenes habla de la Iglesia. El simbolismo de la Esposa lo desarrolló él, sobre todo, de una forma muy rica y profunda, en la interpretación del *Cantar de los Cantares*. Es importante, y en cierto modo es un pensamiento nuevo, el que él extiende a cada una de las almas, al "alma eclesial" (*anima ecclesiastica*), lo que se aplica a la Ekklesía en su conjunto. Presento un par de frases del libro I de su interpretación del *Cantar de los Cantares* :

"Este libro presenta la forma de un epitalamio (canto nupcial) y está escrito según las reglas de un drama. Hay drama cuando se introducen hablando unas personas, vienen luego otras, unas se marchan y otras vuelven, y todo se realiza con cambios de personas. Tal es también el aspecto que ofrece todo ese libro y en ese sentido damos nosotros su explicación histórica en la medida de nuestras fuerzas. En

cambio, la interpretación pneumática... se orienta hacia la unión de la Ekklesía con Cristo bajo la forma de Esposo y Esposa o .hacia la unión del alma con el Logos de Dios..." 45

Cuando está para cerrarse la gran era de los Mártires de la Iglesia, se presenta ante nosotros el gran Obispo y Mártir Metodio de Filipos, con su doctrina sobre la Ekklesía. En su

43. *De baptismo* 6.

44. No tenemos por qué hablar aquí sobre la interpretación herética de esta frase (observación de O. Casel).—No transcribimos la parte que sigue en los apuntes de Casel, pues sólo contiene indicaciones de tipo literario, a base de J. Ranft, *Die Stellung der Lehre von der Kirche im dogmatischen System*. Aschaffenburg, 1927, pp. 35 ss.

45. *In Cant. Cantic., I. GCS* 33, p. 89.

Simposion de las diez vírgenes pone precisamente el tema de las Nupcias de Cristo con la Ekklesía en el centro de toda su investigación. Aplica a Cristo y a la Ekklesía particular en el libro III, la idea de hombre y mujer. Se dice en primer lugar que; según el apóstol San Pablo, las palabras del *Génesis* se han de aplicar a Cristo y a la Ekklesía en un sentido pneumático y a continuación se discute "cómo puede compararse Adán con el Hijo de Dios".

"Examinemos, pues, con cuánta verdad y fundamento se aplicó a Cristo lo dicho de Adán, no sólo considerando a éste como figura y representación, sino viendo en él expresamente a Cristo, ya que al primer hombre había descendido el Verbo, que existe antes de todos los siglos. Pues era puesto en razón que el Primogénito de Dios, su primer retoño, y su Unigénito, la Sabiduría, se hiciera hombre al unirse al hombre formado el primero, antes de todos los demás hombres. Y éste era el Cristo : un hombre, lleno de la pura y perfecta divinidad, y Dios encerrado en el hombre".

Mas como el primer Adán pecó, Dios formó un nuevo Adán "de la Virgen y del Pneuma". Después de desarrollar ampliamente esta idea, Metodio prosigue : "Ha quedado

establecido con pruebas no despreciables de la Escritura que el primer hombre se puede referir en justicia al mismo Cristo, y que ya no es simplemente un tipo y representación e imagen del Unigénito, sino que es la misma Sabiduría y Logos. Pues habiendo sido formado el hombre, como el agua, de Sabiduría y Vida, se identificó con la misma luz pura que descendió sobre él. Así Pablo ha referido justamente a Cristo lo que había sido dicho respecto a Adán, proclamando con derecho que la Ekklesía nació de sus huesos y de su carne. Por amor a ella, el Verbo, dejando al Padre de los cielos, descendió a la tierra para unirse a ella como a esposa y dormir el éxtasis de la Pasión muriendo gustoso por ella, a fin de presentársela gloriosa sin arruga ni mancha, purificándola mediante el agua del bautismo, para hacerla capaz de recibir el germen espiritual que el Verbo plan-ta y hace germinar con sus inspiraciones en lo más profundo del alma; por su parte, la Ekklesía, como una madre, da forma a aquella nueva vida para engendrar y acrecentar la virtud. De este modo se cumple proféticamente aquel mandato :
`Creced y multiplicaos' (Gén., 1, 28), al aumentar la Iglesia cada día en masa, plenitud y belleza gracias a su unión e íntimas relaciones con el Logos, que aun ahora desciende a nosotros y entra en éxtasis en la conmemoración de su Pasión. Pues la Ekklesía no podría de otro modo concebir y dar a luz a sus hijos los creyentes, por el agua del bautismo, si Cristo no se anonadara de nuevo por ellos para ser retenido por la recopilación de su Pasión, y no muriese otra vez descendiendo de los cielos y uniéndose a su Esposa, la Ekklesía ; a fin de proporcionarle oportunidad para cobrar nuevo vigor de su propio costado, con el que pueden crecer y desarrollarse todos aquellos que han sido fundados en El, los que han renacido de las aguas del bautismo y han recibido la vida comunicada de sus huesos y de su carne, es decir, de su santidad y de su gloria. Tiene razón el que dice que los huesos y la carne de la Sabiduría son el entendimiento y la

virtud, y que el costado es el Pneuma de la verdad, el Paráclito, de quien reciben los iluminados y renacen convenientemente. Porque es imposible que uno participe del Santo Pneuma y sea llamado miembro de Cristo, a no ser que descienda antes sobre él el Logos y entre en éxtasis a fin de que despierte con El del sueño de la muerte y alcance el rejuvenecimiento y la renovación, llenándose del Pneuma. Se le puede llamar justamente costado del Logos, Pneuma de la Verdad, a quien los profetas llaman septiforme ; tomando de El, en el sueño de Cristo, es decir, después de su Encarnación y Pasión, Dios formó para El a la compañera, me refiero a las almas con que le ha desposado y dado en matrimonio. Son muchos los lugares en que la Escritura llama Ekklesía a esta agrupación de creyentes, englobando así en *un solo* cuerpo y en *una sola* persona, en la Iglesia, a los más adelantados en la perfección. Es decir, que las almas de virtud más elevada y que

más íntimamente se han abrazado con la verdad, haciéndose estériles para los vicios de la carne, gracias a su fe y pureza perfectas, vienen a constituir la Ekklesía, la compañera de Cristo. A manera de una virgen, según la frase dei Apóstol, se hallan unidas y desposadas con El, para que, recibiendo en sí la semilla pura y fértil de la doctrina, cooperen con la predicación a la salvación de las demás. Las almas imperfectas y principiantes todavía en el conocimiento de la doctrina salvadora son llevadas y formadas por las más perfectas, como en el seno de una madre, hasta que salgan a luz y sean regeneradas con la plenitud y la belleza de las virtudes ; luego, a su vez, mediante el aprovechamiento en la perfección vienen a constituir asimismo la Ekklesía y a cooperar al nacimiento y educación de otros fieles, llevando a cabo en el seno de sus almas, como en el seno de una madre, el cumplimiento de la voluntad inmaculada del Verbo"
 ""
 .

Este pasaje es particularmente importante para nosotros, pues nos introduce en los textos de la Liturgia. En él la Ekklesía no sólo aparece descrita en sí misma, sino también en su actividad litúrgica, que promana de su unión santa con Cristo y hace que esta unión sea eficaz para cada uno de los creyentes. Tenemos aquí una de las bases más profundas del Misterio del culto. Lo que ocurre entre Cristo y la Iglesia en mística intimidad, encuentra su expresión visible en los Misterios de la Liturgia, principalmente en el Bautismo y en la celebración de la Eucaristía. Metodios nos dice que el Señor no ha muerto sólo una vez por la Iglesia para hacerla partícipe de su resurrección, sino que renueva constantemente su Muerte en la Liturgia de la Ekklesía para que, constantemente, de la participación de su muerte puedan nacer a la nueva vida del Pneuma nuevos miembros de su Cuerpo Místico. El Memorial, la reactualización de la Pasión, es la celebración anual de la Pascua

46. *Symposium* III, 8. Para una explicación más detallada de este pasaje, cfr. JLw 6 (1926), pp, 144-146.

de la Iglesia, donde le nacen nuevos miembros por el Bautismo y los alimenta con la Eucaristía. Ahora bien, cada una de las Misas participa de la esencia de la Pascua, de suerte que cada una de ellas es, en verdad, Nuevas Nupcias de Cristo con la Iglesia. Pero esto no quiere decir que Cristo sufra una nueva muerte, sino que la Muerte del Señor, que ocurrió una sola vez, continúa siempre presente y activa en la Iglesia gracias a la Liturgia. De este modo, el Señor demuestra ser verdaderamente el Esposo perpetuo de su pneumática Esposa .

EL TESTIMONIO DE LA LITURGIA

Es evidente que, siendo la Liturgia sagrada la suprema

actividad de la comunidad de vida entre Cristo y la Ekklesía, esta comunión de vida tiene que expresarse tanto en las palabras como en los ritos del culto. El Concilio de Trento, en su admirable y profundo tratado sobre el sacrificio de la Misa, ha dicho que el Señor, cuando tenía que partir de este mundo, dejó a su "amada Esposa, la Ekklesía", la representación perenne y el Memorial de su Sacrificio de la Cruz. Y no es sólo el Sacrificio de la Misa, sino toda la actividad litúrgica de la Santa Iglesia la que dimana de su relación de Esposa con su Salvador, Cabeza y Esposo. Precisamente en la Liturgia, la Ekklesía se manifiesta como la amante "Esposa del Cordero" (*Apoc.*, 21, 10), como Esposa que enteramente pertenece a su Esposo, como Esposa enteramente penetrada por la fuerza de Aquel, como Madre que nutre y fomenta en sí la vida que de El ha recibido y la transmite a sus hijos. Las manifestaciones de esta cooperación de verdadera Esposa en la obra redentora de Cristo son tantas y tan variadas, que no podemos señalar aquí más que unas pocas y brevemente. Por ejemplo, en la consagración de un obispo, al nuevo obispo se le entrega un anillo con estas palabras :

"Recibe este anillo, símbolo de la fidelidad con que has de conservar intacta y sin mancha a la Esposa de Dios, es decir, a la Santa Ekklesía" ".

El obispo, que representa al Sumo Sacerdote Cristo, está desposado con la Esposa virginal de Dios. La Iglesia misma consagra como Esposas de Cristo a mujeres escogidas que representan en su virginidad a la Esposa pneumática de Cristo; en ellas se ve representada ella misma. En el magnífico prefacio consecratorio que aparece ya en el *Leonianum*, se dice:

"La virginidad bienaventurada reconoció a su Autor y emulando la integridad de los ángeles, se consagró a la

cámara nupcial de Aquel que es Esposo de virginidad perpetua del mismo modo que fue Hijo de perpetua virginidad" "°.

Todos los que rezan el breviario conocen la admirable y profundamente poética expresión que esta idea ha encontrado en el Oficio de las santas Vírgenes. Todo el rito de la consagración de las iglesias no es otra cosa que la consagración nupcial de la Ekklesía; pues el templo representa el lugar donde mora Dios y obra en sus Misterios. Por eso el himno de la Dedicación de las iglesias es un canto al edificio sacro como símbolo de la Ciudad celeste de Jerusalén, que "desciende del cielo, ceñida, como una esposa, de una corona de millares y millares de ángeles". En el interior del templo, es el altar, de un modo especial, el lugar donde se celebran perennemente las Nupcias de Cristo con su Iglesia; la piscina bautismal, a su vez, es el seno materno de donde nacen constantemente, por inspiración del Pneuma de Cristo, nuevos miembros e hijos de la Ekklesía. La expresión más espléndida de este hecho es la oración consecratoria del agua bautismal, donde se dice :

"Contempla, Señor, la faz de tu Ekklesía y multiplica en ella tus regeneraciones. Tú alegras tu ciudad con el torrente de tu abundante gracia. Tú abres en todo el mundo la fuente bautismal para renovar el género humano. Que ,por el imperio de tu Majestad reciba del Santo Pneuma la gracia de tu Unigénito. Que el Santo Pneuma fecunde con la misteriosa mezcla de su luz, estas aguas destinadas a la regeneración de los hombres para que, una vez que esta fuente haya recibido la virtud de santificar, del seno inmaculado de la fuente divina salga una raza celeste, renacida para una creación nueva, y a todos aquellos a quienes separa la diferencia de sexos o edades, corporal o temporalmente, los alumbre a una misma infancia la Madre Gracia...

El rito en que se alienta sobre el agua y se hace sobre ella el signo de la cruz es la expresión más viva de la fecundación del seno de la Iglesia por el hálito del Pneuma y por la virtud de la Cruz de Cristo.

El elogio de la Ekklesía Virgen-Madre alcanza en la Iglesia Oriental tonos aún más ricos y plenos que en la Liturgia romana. Reproducimos aquí unos versos tomados del himno de la Dedicación de una iglesia, de la Liturgia armenia :

*Hija de la antigua Sión, Madre del mensaje evangélico,
Hasta ti descendió, trayéndote una corona imperecedera, el
Esposo Cristo,
que estaba coronado por voluntad del Padre y del Pneuma.*

*He aquí que la Esposa sale, ricamente engalanada en su
gloria,
al encuentro de su Señor y de su Rey,
que sale también a su paso.
Ha llegado el Esposo Cristo, el Señor, invitado a tu santa
tienda.*

*Los hijos de la Iglesia le rodean y entonan cantos en su
honor.*

*A ti, tienda adornada y engalanada del Señor Jesús,
te pedimos que nos guardes y te apiades de nosotros.
El Señor de los Señores, el Dios de los dioses,
te ha revestido de su gracia.*

*Oh Altísimo, tuyo es el grupo de los doce Apóstoles,
para que tú, oh Virgen, puedas ceñir tu cabeza con una
corona.*

*Tuya es la comunidad de los santos Profetas,
para que tú, oh Virgen, puedas hacerte un velo para tu rostro.
Tuyas son las cuatro fuentes de los ríos
y tienes el Evangelio como un vaso de perfumes.
Tuya es la congregación de los santos Obispos,*

*piedras preciosas, que te sirvan de brazalete a ti, oh Virgen.
La predicación de los santos Doctores que tú aprobaste,
son tus pendientes, oh Virgen.*

*La sangre de los santos Mártires será tu manto
de relucientes colores, oh Virgen.*

*Como joyas para tu collar recibirás, oh Virgen,
las almas de los [bienaventurados ascetas.*

*Las multitudes de las puras Vírgenes forman el ornato de tu
pecho, oh Virgen,
pues van bien contigo.*

*Los bienes de los misericordiosos, cuando los repartan,
serán para ti, oh Virgen, como una rosa cimbreante.*

*Tuya es la vida de los que ayunan y se maceran,
pues, tú, oh Virgen, exhalas por ellos un perfume como de
amizcle.*

*Tuyas son las oraciones de los santos Mártires,
porque en ellos cobras nuevo vigor como con un alimento...*

*A ti elevamos nuestros corazones y nuestras voces,
los ojos de nuestro cuerpo y las súplicas de nuestras almas.*

*Oh tienda de colmada alegría, adornada de luces,
altar de Dios y roca digna de veneración...*

*En ti descansa el Jefe de los inmortales,
oh altar santo de cuatro caras.*

*En ti se reparte el Pan de la inmortalidad,
el Cuerpo santo del Señor.*

*De ti se distribuye a los hombres el cáliz,
la Sangre pura y santificante.*

*Por ti son estimados los sacerdotes,
y los **pueblos** están alegres y jubilosos.*

*Por ti se edifica la fe de todos los que fueron bautizados en tu
fuente.*

*Por ti son bendecidas las coronas virginales
que se tejen immaculadas en torno a ti.*

*Oh trono cuádruplo, maravillosamente guarnecido
de doce piedras sagradas.*

*Oh Virgen ensalzada por encima de todos
e inmaculada, Madre de Dios,
Templo del Señor, luz ardiente, antorcha inextinguible,
incensario áureo del fuego celestial...*

*Llegó Cristo, el Santo y Sumo Sacerdote.
Entra en ti, Templo lleno de luz,
Montaña del Señor y Casa de Dios.*

*Tú tienes semilla abundante, oh Virgen,
que alumbraste sin dolor a la humanidad, en la fuente
sagrada,
a la filiación del Padre Celestial.*

*En ti se erige, oh Ekklesía santa, un altar de santidad,
Sobre el cual se nos distribuye continuamente
la Carne y la Sangre del Hijo de Dios".*

LA IGLESIA EN LA VIDA DEL CRISTIANO

La doctrina de la Iglesia como Esposa de Cristo suscita en primer término *veneración* hacia la Santa Iglesia. La Iglesia se nos presenta aquí como una realidad celeste y divina, que no es obra de los hombres, sino que desciende del cielo, del mismo Dios, porque es obra suya". Toda la creación restante ha sido creada a causa de ella. Esta conciencia que tenían de sí mismos los antiguos cristianos y que les daba una idea elevada de su situación privilegiada, nada tiene que ver con la soberbia ni con la vanidad, pues se trata de un don de Dios. Precisamente por ser la Iglesia una obra de la gracia celeste, resplandece también con perfección divina. No es obstáculo el que la Iglesia tenga faltas y deficiencias mientras permanece en la tierra. Secretamente la Iglesia terrena tiene también parte, ya desde ahora, en aquella perfección, pues participa de la gloria de la Jerusalén celeste ; las faltas no

afectan a su esencia.

Esta doctrina viene también a encender e intensificar el *amor* hacia la Santa Iglesia. La Iglesia se presenta aquí ante nosotros como el Cristo visible, es más, como el mismo Cristo ; pues Cristo se nos manifiesta y se hace asequible a nosotros en la Iglesia. Cuando el Señor dijo: "Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt., 28, 20), se refiere a su presencia permanente en la Ekklesia, por cuanto que es su carne. No podemos llegar a Cristo si no es por medio de la Iglesia y tampoco podemos llegar al Padre si no es por Cristo. La Iglesia es la plenitud de Cristo, su realización, su imagen y reflejo. Ella nos trasmite, con amor de madre, todas las gracias del Señor. Mas como Dios es Agape y este Agape se nos ha revelado en Cristo, por eso es también la Iglesia la que nos comunica el Agape de Cristo. ¿Cómo no vamos a amarla entonces con todas nuestras fuerzas?

Por otra parte, nuestra doctrina nos da también una idea de nuestra íntima *relación con la Iglesia*. La Iglesia, en el fondo, somos nosotros mismos en cuanto que somos miembros de Cristo ; por tanto, no por nosotros mismos, sino por el Pneuma que en nosotros habita. No es, por consiguiente, la organización jerárquica la esencia última de la Iglesia; ésta consiste, más bien, en la edificación del Cuerpo de Cristo bajo la Cabeza, que es el mismo Cristo. Esta Ekklesia permanece eternamente, mientras la organización terrena pasa. De la doctrina de la Ekklesia como Esposa de Cristo se sigue, sin más, el sacerdocio universal de los fieles, pues todos los fieles toman parte en la obra redentora del Señor y son verdaderos sacerdotes gracias a su unión, por la gracia, con el único verdadero Sumo Sacerdote. Por eso dice el Tridentino que el Señor, en su despedida, dejó "a su querida Esposa, la Ekklesia", su Sacrificio, para "que sea inmolado y ofrecido por la Iglesia por ministerio de los sacerdotes" ⁵⁸.

Cuanto mejor sepan los fieles que en la Iglesia ellos no son meros sujetos de gobierno ni simples oyentes, más unidos se sentirán a la santa Iglesia con sus pensamientos y sentimientos más íntimos.

La doctrina de la Iglesia como Esposa de Cristo da también a los fieles una idea más elevada y un aprecio más grande de la *Jerarquía*. Esta, en efecto, es la representante de Cristo. En la Jerarquía, el cristiano ve, visible ante él, al mismo Cristo como Rey, Sacerdote y Maestro. Como cristianos que son, los jefes mismos son miembros de la Esposa y, por lo mismo, ellos están también sometidos a Cristo; pero dentro de la Iglesia, por su consagración, representan al Esposo Cristo. Tiene, por tanto, derecho al amor de los fieles el jefe legítimo de la Iglesia, pero no sólo al amor que se profesa a los superiores, sino al que se profesa al padre espiritual. También a él le toca algo del amor de la Esposa para con el Esposo, pues también él lleva, como vimos más arriba, el anillo de esposo. Pero, a pesar de todo, sigue siendo siempre mero paso y nunca meta, como lo explica hermosamente ya el papa San Gregorio Magno, cuando dice de la Esposa del *Cantar de los Cantares* : "Cuando prescindí de ellos (de los Padres de la Iglesia), encontré a Aquel a quien ama mi alma s".

La idea que tenían los Santos Padres de la Iglesia nos ayuda también a tener un conocimiento más profundo de los santos *Sacramentos*. Ya no los consideramos como unos medios individuales y aislados de gracia, sino como una función vital de la Iglesia en comunión con Cristo. En el centro de esta vida está el Sacrificio y el convite sacrificial de la Eucaristía, donde el Esposo se ofrece continuamente por su Esposa, para alimentarla con su Carne y con su Sangre ; en torno a la Eucaristía brillan los demás sacramentos y sacramentales que constituyen la Liturgia. La Liturgia —y a ella pertenece también la oración colectiva de la Iglesia— se sitúa en el

centro de la vida celestial.

La idea que los antiguos cristianos tenían de la Iglesia nos da también una concepción más profunda de los *Santos*. Todos ellos, empezando por María, la Madre del Señor, son miembros de la Ekklesía y, por tanto, de Cristo; en todos ellos, pues, veneramos en primer lugar al mismo Cristo Señor. Pero, por otra parte, todos los Santos, con María, también esta vez, al frente de todos ellos, son tipo de la Ekklesía. Solamente cuando se dejó de comprender la idea de la Iglesia en toda su plenitud, se empezó a venerar a cada Santo como individuo aparte. Primeramente se volcó sobre María, la Madre de Dios, mucho de lo que originariamente se decía de la Iglesia. La Mariología encontrará también de nuevo su equilibrio y su justa orientación cuando consideremos a María a la luz de la Ekklesía "

A la luz de la Ekklesía, contemplamos también a nuestros hermanos *cristianos* y a los demás *hombres* en una perspectiva sobrenatural nueva. En cada uno, aun en el último de ellos, vemos un miembro del Señor, vemos al mismo Señor, como decían los cristianos de la antigüedad : "Cuando has visto a tu hermano, has visto a tu Señor." El ojo con que se miran mutuamente los dos sexos ha quedado purificado y ennoblecido con esta concepción. El varón ve en todas las mujeres una imagen y un tipo de la Santa Iglesia, de la Virgen-Madre. La mujer, por su parte, ve en el hombre el tipo de Cristo, sobre todo en el hombre consagrado, en el Sacerdote que de un modo especial representa a Cristo. Lo mismo cabe decir del hombre soltero y del casado. Se puede aplicar a todos lo que dice San Pablo : "Este Misterio es grande, pero entendido de Cristo y de la Iglesia" (*Eph.*, 5, 32). Dios nos ha revelado nuevamente el sentido más profundo de la Santa Ekklesía; que El nos conceda ahora que la Santa Iglesia vuelva a ser de nuevo la flor del mundo entero, cuyo aroma sube hasta el Señor como un sacrificio agradable. Es

cierto que el mundo no la comprenderá en su esencia más íntima; pero la Iglesia misma debe reconocerse nuevamente como lo que es, como la Esposa virginal de Cristo y la Madre pneumática de los creyentes. Así como la mujer, según San Pablo, es la gloria del marido, ella volverá a ser también la gloria de Cristo y de Dios.

EL MISTERIO DEL AMOR

EL ESPOSO EXIGENTE

El Paraíso, el jardín del Edén, es la señal evidente de que el esposo y la esposa están unidos. Dios escogió para sí a la humanidad por amor, y los dos hombres —Adán y su esposa— representan, en sus relaciones mutuas, el amor que existe entre el Creador y la criatura. El mismo precepto que dio Dios a Adán es, de suyo, sólo una prueba del libre Agape que une a Dios y al hombre ; porque el hombre debe entregarse a Dios con una decisión libre ; tal es, por parte de Dios, el sentido de la Ley. El hombre tiene que poder escoger entre Dios y las tinieblas. Solamente es libre y puede amar el que puede escoger.

El hombre es, pues, capaz de decidirse por Dios libremente y por amor. Dios quiso que, si así lo hiciera, entrara cada vez más profundamente en su amor. Una esposa forzada no es es-posa. Pero un alma- forzada por el amor es enteramente esposa. Así pues, por parte de Dios, el precepto era santo y lleno de amor, pneumático y divino.

Mas el poder del Maligno se aprovechó del precepto que había puesto por amor, para desviar a los hombres de Dios, y

arrastrarlos al abismo. De este modo se revela el "*mysterium iniquitatis* —el misterio de la iniquidad—" 1. ¡Es, por cierto, un misterio! En efecto, ¿cómo fue posible separar al esposo de la esposa, arrancar a la esposa del amor, de la luz, de la vida, y ponerla en manos del rival? ¡Es incomprensible! Y, sin embargo, ocurrió que le fue arrebatado el esposo a la esposa, porque ésta se hizo indigna de él. Esto es lo trágico del pecado : separación del esposo y de la esposa, traición al amor, impureza de adulterio: la esposa —la humanidad— abandona al esposo más puro y más amable, al esposo luminoso, y va en pos del

1. 2 *Thess.*, 2, 7, según el texto de la *Vulgata*.

tétrico seductor que la prostituye y la arroja en la miseria, para entregarla, al fin, a la muerte y al terror eterno, después de haberla estrujado. Por no haber querido pertenecer libremente al más amable de los Padres con amor de hijo y de esposa, se ve ahora precisado el hombre a servir como criado, esclavo y prostituta, al tirano más tétrico y al seductor más brutal.

Mas el Señor Dios se muestra ahora como esposo amante. Aunque la esposa haya caído en lo más hondo y se haya entregado al rival, le da esperanza. En el vestido negro de la penitencia le prende la blanca flor del perdón. "Pondré perpetua enemistad entre ti —la serpiente— y la mujer, entre tu linaje y el suyo : éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás a él el calcañal" (*Gén.*, 3, 15). Una vez que la culpa quede borrada, la esposa será llamada otra vez, volverá de nuevo el esposo, para llevar a su esposa purificada al Paraíso perdido.

Cuando Dios arrojó del Paraíso a Adán y a su mujer al yermo del mundo, cuando el Esposo entregó a su Esposa la cédula de separación, no la dejó enteramente abandonada. En las palabras tremendas del castigo mezcló El palabras de amor,

que convierten el castigo en una bendición, palabras de perdón que aluden a la semilla, a Cristo. Esta semilla —Cristo— aplastaría la cabeza a Satanás, es decir, al pecado, y suprimiría nuevamente la separación que existía entre Dios y el hombre, entre el Es-poso y la Esposa. Como se lee en el profeta Oseas, Dios habló al hombre en estos términos: "¡Protestad a vuestra madre! Ni ella es mi mujer ni yo soy su marido... Dijo ella : `Me iré tras de mis amantes...' Por eso voy a cercar su camino con zarzas y alzar un muro para que no pueda ya hallar sus sendas... Entonces se dirá: `Voy a volver con mi primer marido, pues mejor me iba entonces que me va ahora...' La atraeré y la llevaré al desierto y la hablaré al corazón... La daré el valle de la tribulación como puerta de esperanza. Entonces me volverá a amar como me amaba en los días de su juventud... Entonces me llamará : `Mi marido'... Seré tu esposo para siempre y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordia y piedades, y yo te seré tu esposo en fidelidad y tú conocerás a Yavé" ².

De este modo, toda la historia de la humanidad, desde el pecado de Adán, es un continuo cortejar de Dios a la Esposa perdida. ¡Reflexionemos sobre lo que significa que el Dios eterno, el Dominador y Señor de los siglos, nos corteje como un amante ! Y, a pesar de todo, la humanidad sigue apartándose constantemente de este amor infinito y se vuelve a su independencia! ¡Al Agape se responde con indiferencia, es más, con *desdén* y odio! Pero Dios no desiste de atraernos hacia Sí, de sujetarnos a El; nos ofrece una y otra vez su Alianza. Ya en el Antiguo Testamento, Dios reanuda constantemente su Alianza con la humanidad a fin de prepararla para la Alianza nupcial eterna con Cristo y recordársela. Después del Diluvio universal en que quedó anegada la humanidad entera —a excepción de Noé, el hombre del "consuelo"—, porque la humanidad se había convertido enteramente en carne, Dios pacta con Noé una

Alianza y pone como signo de esta Alianza el arco iris, ese símbolo celeste de la paz y del orden divino y de la hermosura ³.

Más tarde establece un pacto con Abrahán para completar la Alianza que había concertado por medio de Noé con la humanidad entera. En otro tiempo iban a ser redimidos todos los pueblos. Por eso ahora Dios escoge, a través de Abrahán, un pueblo que invoque el nombre del Señor, un pueblo que no quede absorbido por las cosas terrenas, antes bien, tenga puesta su esperanza en la ciudad de Dios : un "pueblo de Dios" ⁴.

Con este pueblo Dios pacta la gran Alianza del Sinaí ⁵. Esta Alianza de Dios con su pueblo va enteramente a crédito del Señor. Dios sigue siendo fiel, a pesar de que el pueblo le sea infiel. La Alianza del Sinaí fue rota, en efecto, por Israel; en cambio, Dios la mantuvo. Los mismos que quebrantaron la Alianza ma-

2. Os., 2, 4-21, *passim*.

3. Gr. Gén., 6-9. Véase la introducción, pp. 40 ss.

4. Cfr. Gén., 15, 7-21; 17, 1-8.

5. Cfr. Ex., 24. Véase la introducción, pp. 43 ss.

tan al Señor Jesucristo y, sin embargo, en su Sangre comienza en adelante la Nueva y Eterna Alianza. Esta es la prueba "terrible" (Ex., 34, 10) de la fidelidad de Dios : que, por la Sangre de su Hijo muerto a traición, Dios guarde fidelidad a la nueva Israel. Con ello demuestra ser verdadero Esposo, que busca a su esposa y la encuentra, pero no a causa de sus obras, sino por pura gracia. ¡Cómo podría ser Esposa, si fuera elegida por sus obras !

Sólo un esposo amante puede demostrarnos un amor tan sacrificado e ilimitado como el que ha resplandecido en la Muerte de nuestro Señor Jesucristo, quien se entregó por

amor en sacrificio por nosotros, como suave aroma. ¡Ay de la generación que desprecia y rechaza semejante amor!

LAS NUPCIAS

"Yo curaré su rebeldía y los amaré de corazón, pues se habrá apartado de ellos mi cólera" (Os., 14, 5).

¿Quién puede comprender y medir la misericordia y el amor abismal y sin fondo de Dios? El mismo Dios benigno y misericordioso se ha manifestado en la carne en Cristo. En El el mismo Esposo descendió hasta su esposa abandonada, violada y perdida, y la redimió en su Sangre. Estando nosotros hundidos en nuestros pecados, habiendo quebrantado el pacto sagrado y estando muertos, Dios se acordó de su juramento. Jesucristo es el "testigo fiel, el Primogénito de los muertos" (Apoc., 1, 5); El nos trajo el Agape y nos redimió de nuestros pecados en su Sangre.

Con un acto libre de Agape el propio Esposo descendió a la profundidad de la noche, al abismo más oscuro del pecado y de la pasión. Se sumergió en las profundidades más bajas de la mi-seria de pecado, se anonadó hasta la Muerte de cruz; todas las aguas y todos los horrores del pecado pasarán por encima de El; le tocó en suerte la muerte —castigo del pecado— en su forma más cruel y terrible ; los horrores del abandono fueron su lote, hasta el punto de gritar : " ¡Dios mío, Dios mío ! ¿Por qué me has desamparado?" (Mt., 27, 46; Lc., 15, 34).

Así pues, nuestro Esposo ha descendido realmente a todo lo que de castigo, dolor y muerte había atraído sobre sí el pecado de la esposa —de la humanidad. Pero esa noche horrenda no termina en oscuridad eterna. Porque, en medio de la oscuridad, brilla escondida la luz eterna, y esta luz eterna es el Agape, ya que el que pende de la cruz, sumido

en dolores infinitos, es el Hijo del Agape, quien por misericordia cargó con toda la mi-seria de la Esposa. Por puro amor sin pecado. Mas el Agape no puede morir, porque, de lo contrario, moriría el mismo Dios.

"Con amor eterno te amé; por eso te he mantenido mi favor. Yo te restauraré, y serás restaurada, Virgen de Israel. Todavía volverás a adornarte con tus tímpanos y saldrás en alegres danzas... Vienen días —palabra de Yavé— en que yo haré una alianza con la casa de Israel y la casa de Judá" *Ver., 31, 3-5. 31).*

El Logos se hizo hombre, plantó su tienda entre nosotros y murió por nosotros en la cruz, para hacer con nosotros una Alianza nueva y eterna. Es que no cabe un pacto que ,no se selle con un sacrificio. Por eso la nueva y eterna Alianza nupcial entre Dios y la humanidad redimida descansa en la Sangre de Jesucristo. Aquí el Sacrificio aparece en su última y suprema realización, en su máximo esplendor. Este Sacrificio abarca, por una parte, la horrenda muerte del Gólgota con sus acerbísimos dolores de cuerpo y alma, y, por otra, la exaltación y glorificación suprema de Jesucristo Hombre, quien, por su obediencia hasta la muerte, fue exaltado como Rey de la creación y se ha sentado en cuanto hombre a la diestra de Dios en el seno de la Santísima Trinidad. De ahora en adelante está afincado para siempre en Dios, en el centro eterno de todo ser.

A la verdad, este Sacrificio de entrega absoluta desemboca en la glorificación más grande, culmina en la Alianza eterna, que nunca más se va a romper, entre Dios y su criatura. En Cristo, en efecto, Dios se ha reconciliado ya con toda la creación y se ha unido a ella. Aquella Alianza nupcial del comienzo, que estaba latente desde la eternidad en el amor de Dios y que se concluyó en el Paraíso y que Dios fue renovando una y otra vez después del pecado original, ha

quedado confirmada ahora para siempre. Por eso esta Alianza se llama la Alianza Nueva y Eterna, y su Misterio es el Misterio de la Alianza Nueva y Eterna. En el Misterio el Sacrificio de Cristo se celebra una y otra vez en la Ekklesía de un modo sacramental, para que la Iglesia no se vea privada jamás de la presencia corporal de su Señor. A todos cuantos concelebran en la fe este Misterio, el Esposo les da parte en Sí mismo, es decir, hace que todos entren a formar parte de la santa Alianza, que todos tomen parte en las Nupcias sagradas. "Ahí está el Esposo, salid al encuentro" (*Wat.*, 25, 1).

El Logos hizo un recorrido singular en busca de su Esposa. Esta se había extraviado ; por eso salió El tras ella; tuvo que bajar por ella. El Logos tomó nuestra naturaleza, para desposar-se con nosotros. Estando la Esposa tan infinitamente por debajo de El, tuvo que rebajarse hasta ella, bajó hasta ella, se hizo igual a ella, se vistió con sus vestiduras. Como ella había caído en pe-cado, llegó El a revestirse de la vestidura del pecado, de la "*similitudo carnis peccati* —de la semejanza de la carne del pe-cado" ⁶ Por ella clavó en la cruz este vestido, su cuerpo humano, y la renovó hasta devolverle su esplendor original. Vino a ser de esta manera su "Esposo de sangre" (*Ex.*, 4, 25). Con su muerte eliminó el impedimento que se oponía a su boda. Las nupcias pueden celebrarse ya, ahora que el Señor glorificado ha resucitado del sepulcro. Le envió desde lo alto la dote, el Pneuma, el Hálito divino. Juntó entonces, en una unidad inseparable, el amor divino, el beso divino, el Pneuma divino y el humano. Pero las Nupcias perfectas sólo se celebrarán en el otro mundo.

⁶ Cfr. *Rom.*, 8, 3; Antífona del Magníficat de las Primeras Vísperas de la *Circumcisio*.

EL REGALO DE NUPCIAS

La muerte del Esposo en la cruz señala el momento en que se preparó para Sí su Esposa, el momento en que la hizo su Esposa 7, la santificó y la purificó. Ahora bien, santo no es más que Dios y el que participa de Dios. La vida de Dios, que Cristo alcanzó para nosotros en la cruz mediante su Sangre, es el Santo Pneuma. Antes de su Pasión, como dice el Evangelista, "aún no había Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Jo., 7, 39). Mas cuando borró con su sangre, en su propia carne, todas las manchas de su pecado, de su Cuerpo ya glorificado pudieron "correr ríos de agua viva" (Jo. 7, 38) por su sangre. "Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en El" (Jo., 7, 39). Ahora las aguas sagradas que brotan de su Cuerpo glorificado corren ya sobre su Cuerpo neumático —su Esposa, la Ekklesía—, purificándolo de todo pecado y animándolo con su vida pascual. Así pues, Cristo se creó la Esposa y se desposó con ella al mismo tiempo, cuando le comunicó su vida, la nueva vida de Dios que brotó de su Muerte. El regalo de nupcias con que obsequió el Esposo celestial a su Ekklesía es, pues, el Santo Pneuma, la vida divina 8 que le fue dada al

7. Antes de la muerte del Señor en la cruz, la humanidad no era todavía Ekklesía, no era Esposa, pero estaba llamada a las nupcias. Es cierto que los Santos Padres dicen que la Ekklesía existía ya en la Antigua Alianza, pero sólo en tipo, en imagen, como promesa del cumplimiento que se daría en el Nuevo Testamento. Véase la Introducción.

8 Si bien Cristo, aun en cuanto hombre, era Hijo de Dios desde el primer momento de la Encarnación en virtud de la unión hipostática, sin embargo su naturaleza humana no quedó glorificada enteramente hasta la Resurrección, como se lee, entre otros lugares, en *Rom.*, 1, 4: ...constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de santidad a partir de la Resurrección de entre los muertos...". A propósito de este texto, observa O. Casel (*Conferencias sobre la Epístola a los Romanos* [1937]: "San Pablo nos muestra aquí a Cristo en su doble manera de ser: Según la carne nació del linaje de David; según el Pneuma ha sido constituido Hijo de *Dios* en poder. Esta condición de Hijo de Dios en poder empieza a partir de la Resurrección. Hasta ese momento, en su existencia terrena, Cristo era hombre mortal; sólo por la Resurrección le manifestó Dios como Hijo de *Dios* aun en su humanidad... Pero este paso de la manera de ser terrena a la manera de ser neumática no hay que entenderlo en sentido adopcionista, como *si* Cristo hubiera adquirido la filiación divina por medio de su Pasión. Sin embargo, después de la Resurrección fue admitido plenamente en la vida trinitaria

aun en su humanidad..." Sobre este punto, cfr.: St. Grün, *Adam und Christus*, Würzburg, 1960, pp. 64 ss.

héroe pascual victorioso, vida que brotó de la Sangre y que, en última instancia, viene del Padre.

EL AMIGO DEL ESPOSO

Juan Bautista, el asceta de apariencia sombría y austera, trae en su corazón toda una primavera de amor, del más tierno, íntimo y santo amor. Es totalmente desprendido, desinteresado; por eso puede amar. Vive por entero en Jesús, su Señor y Amigo; él es sólo un indicador que le señala a Aquel. Una vez que ha cumplido su misión, quiere desaparecer, retirarse. Sin embargo, sigue junto al Señor por amor. Él es el paraninfo, amigo del Esposo. Tiene que alegrarse también en la Esposa, pues él pertenece a la Esposa por su amor abnegado. Con ella, es parte del Esposo; el amor de Cristo le llena por completo. Este áspero predicador del desierto está iniciado en los misterios más profundos del más íntimo amor; conoce los misterios del amor del Esposo y de la Esposa en el santo Pneuma.

Juan es también para nosotros, el paraninfo, el que nos lleva a Cristo. Todos los días abre la marcha delante de nosotros en el Misterio y da testimonio del Cordero de Dios. Las palabras del Benedictus, que la Ekklesia canta todas las mañanas : "*Et tu, puer, propheta Altissimi vocaberis —Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo*" (Lc., 1, 76), son una realidad actual. Juan sigue siendo para nosotros el gran mistagogo. Es el paraninfo del Kyrios, del Esposo, es el precursor del Misterio [5]. "El Misterio de Juan —dice Orígenes— sigue realizándose todavía en el mundo. Al alma de aquel que va a creer en Cristo Jesús llega primero el espíritu y la virtud de Juan, y prepara un pueblo bien dispuesto y en los barrancos del corazón allana los caminos y

endereza las sendas. No preparó los caminos y enderezó las sendas sólo entonces, sino que todavía hoy, ante la llegada del Kyrios y Salvador, abre la marcha el espíritu y la virtud de Juan. ¡Oh Misterios inefables del Kyrios y de su plan redentor! Los ángeles preceden a Jesús todos los días ; los ángeles suben y bajan diariamente por la salvación de los hombres en Cristo Jesús ; a El sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén⁹

9. Orígenes, *In Luc.*, 4; texto manuscrito de O. Casel.

A la puerta del Reino de los cielos, a la puerta de la sala nupcial, donde está preparado el banquete eterno, está Juan. El ha de introducir la Esposa al Esposo. Pero, en su humildad, deja que la introducción en la sala nupcial corra a cargo del Esposo y Rey. El se queda en la antesala, de pie, exigiendo a los invitados a la boda que se purifiquen antes por la penitencia.

Nosotros llegamos al reino del amor mediante la penitencia. El que es puro en el amor puede sentarse tranquilamente a la mesa del banquete nupcial de Cristo, ya ahora aquí abajo, pero sobre todo un día en la eterna felicidad del cielo, cuando el Esposo y la Esposa celebren sus Nupcias eternas y los penitentes puedan tomar parte en el amor de la Esposa [6].

AMOR Y CORRESPONDENCIA

Dios envió al mundo un nuevo Adán, pero tenía que prepararle una nueva mujer, nacida y alimentada con su propia carne y sangre, que llevara nuevamente su nombre : Cristo, ya que los dos son una misma cosa. El es la Cabeza ; ella, el Cuerpo. El nuevo Adán es, otra vez, por entero, el Hombre de Dios, el Hombre-Dios. La nueva mujer es su criatura y su esposa, su imagen, totalmente unida a El en un mismo Pneuma de vida con un amor libre y humilde. Ella le

está sometida a El —no como esclava, sino como esposada por amor. Ella no sube a Dios más que a través de El, que es, "para la Iglesia, la Cabeza que todo lo supera" ; ella es "su cuerpo y la plenitud de Aquel que se cumple en todo y en todos" Su felicidad consiste en ser toda de Aquel que lo es todo para ella y que derramó su sangre por ella, para purificarla y presentársela hermosa sin mancha y arruga. Así es ella, Esposa y Virgen al mismo tiempo, porque le pertenece a El en Pneuma y no en la carne; su misma carne es también santa y glorificada. Es Madre virginal, por estar pneumáticamente fecundada por El y para El. El la ama más que su propia vida; la aprecia por encima de todo; no la llama su esclava, sino su hermana, su único amor. *Una est electa mea* —No tengo más que una escogida [7].

San Pablo ve simbolizado el tierno amor de los esposos en la mística Alianza nupcial de Cristo con la Ekklesía. Junto al Señor, por quien ella lleva dentro al mismo Dios, la comunidad redimida, liberada, santificada y glorificada, la Ekklesía o el alma, está ahora ligada libremente y por amor, y no encadenada por la ley, antes unida por un hálito de vida —por el Pneuma. La Iglesia recibe del Señor toda la vida, todo el ser que tiene; ella lo realiza, ahora, aquí abajo en el Misterio; algún día, en el cielo, en visión abierta y eterna y en plena comunión de existencia. Ella forma con El un solo Pneuma y sorbe la felicidad eterna de su beso pneumático [8].

Ha sido el Señor el primero en amar a su Ekklesía; la ha cortejado como corteja un esposo a su esposa. Este amor del Esposo que corteja supone que la Esposa es una realidad independiente, pero que, al mismo tiempo, es un ser que encuentra su máxima felicidad y su más bella satisfacción en someterse libre y amorosamente a su Esposo.

El Apóstol describe, en su *Espístola a los Efesios*, toda la

profundidad y grandeza del amor con que Cristo rodea a su Esposa, que es su "propia carne" : "Nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y abriga, como Cristo a la Ekklesía" (*Eph.*, 5, 29). No se puede expresar el amor del esposo más bellamente de lo que aquí se hace : el Señor abriga, alimenta y cuida de su Esposa como de su propia carne, es más, empieza por darle El mismo su hermosura de Esposa, que la hace amable a sus ojos, la presenta a Sí mismo en pureza y santidad [9].

La primera Eva, la primera mujer, salió del costado de Adán, resplandeciente con el ornato de la gracia santificante, cuando Adán dormía en éxtasis. Adán dio entonces parte de su propio ser, para que las manos de Dios formaran para él a Eva como compañera de su misma condición. Ella era carne de su carne y hueso de sus huesos; por eso la amó y, al mismo tiempo, ella era para él, efectivamente, como una criatura espiritual de Dios. La contempló con santo respeto. Y los dos fueron una sola cosa en santo amor, en el servicio de Dios; fueron una sola cosa por Dios y en Dios.

Del costado del nuevo Adán, Cristo, brotó la Iglesia, la nueva Eva, cuando El dormía en la cruz el éxtasis de la Pasión. De su sangre y de sus heridas se formó su propia Esposa, que aparecía purificada y santificada, enteramente lavada de los pecados en la Sangre de su amor y santificada con su aliento de vida, el Santo Pneuma. Ella es Pneuma de su Pneuma; por eso forman los dos *un solo* Pneuma 12, pues el Pneuma de Cristo mora en ella. Los dos forman "el Cristo", como dice San Pablo 13. Por ella derramó El la sangre de su corazón; por eso la ama El, y ella, agradecida, le corresponde con íntimo amor. Los dos obran ahora como *un solo* ser, pues El la subió donde El estaba con una condescendencia admirable, de suerte que ahora Ella reina junto a El con una dignidad supraterrana. "*Sponso conregnat in*

¹² Cfr. *Eph.*, 4, 4.

¹³ Cfr. *1 Cor.*, 12, 12.

aevo —reina con su Esposo en la eternidad" ¹⁴. Se ha hecho Reina "vestida de oro y calzada de oro", como dice el obispo Abercio ¹⁵. Luce y brilla en santidad, digna de su Esposo.

¹⁴ De la inscripción que acompaña la imagen de la Ekklesia sentada en el trono, en la concha del ábside central de la antigua abadía de Prüfening. Puede verse una reproducción, entre otros, en B. B. Riittger, *Kloster Prüfening*, Augsburg, 1929, p. 7.
¹⁵ Inscripción de Abercio, verso 8; cit. por Fr. Dülger, *Ichthys*, II (1922), 458.

¡Qué unidad y qué amor el que reina entre este divino Esposo y su santa Esposa ! Ella se lo debe todo a El: su ser, su dignidad, su amor, su felicidad. Nació de su costado, se alimenta de la Sangre de su corazón, está colmada y se santifica con su vida. Con un amor eterno El la penetra de su Pneuma ; los dos respirarán al mismo ritmo. " ¡Béseme con besos de su boca! " (*Cant.* 1, 2). Su mayor alegría es comunicar vida, gracia y felicidad a su Esposa; ella, por su parte, le devuelve todo con un amor humilde donde El ve el espejo de su propio amor. "*Quae est ista, quae ascendit de' desierto, deliciis affluens, enixa super dilectum suum?* —¿Quién es ésta que sube del desierto apoyada sobre su amado?" (*Cant.* 8, 5) [10].

LA ESPOSA CANTA SU GRATITUD

De la auténtica participación florece el Agape, que nunca se marchita, que siempre se conserva como amor recién estrenado de novia, como el día mismo de la boda. El Agape es un continuo *canticum novum*, que siempre suena a nuevo, que se vuelve a cantar siempre, y siempre se saborea en posesión tranquila. "*Cantare Domino canticum novum, quia mirabilia fecit. Deus, canticum novum cantabo tibi, qui das salutem regibus!* — ¡Cantad al Señor un cántico nuevo, porque El ha hecho maravillas! ¡Quiero, oh Dios, cantarte un

cántico nuevo, a ti que das la victoria a los reyes" (*Ps. 97, 1; 143, 9 s.*).

El eterno "cántico nuevo" que canta el que participa del Agape de Dios es el canto nupcial, el epitalamio que la Esposa entona en honor de su Esposo. Alguien experimentó en cierta ocasión, por vez primera, la fuerza de este cántico y quedó embriagado de felicidad. Fue Pedro en el monte de la Transfiguración. Contempló allí por primera vez al Señor en su resplandor divino, y de felicidad no supo qué decir; únicamente supo balbucear palabras pueriles : "Bueno es estar aquí. Vamos a hacer tres tiendas" (*Mc., 9, 5*) [11].

SOMETIDA AL ESPOSO

Agape quiere decir : ser una sola cosa con el Señor, estarle sometido, por amor, no como un criado o un esclavo, ni siquiera como un infante, sino como el hijo que descansa sobre el corazón del padre, como la esposa que reposa sobre el corazón del esposo. Los dos reciben su vida del amado; los dos participan de su vida; los dos dependen de él y ninguno de los dos quiere otra cosa más que depender de él, porque el Agape consiste en esta sumisión, en este recibir del más elevado. Un dar y darse en justa correspondencia, un dar y recibir mutuamente. Enriquecerse y gozar de la plenitud del otro : eso es el Agape [12].

Esta es la disposición misteriosa del Agape divino : al amor libre de Dios tiene que corresponder en el hombre el abrirse. El hombre desaparece enteramente ante el Agape de Dios; pero esto hace que se encuentre ante Dios, libremente y por amor, en la actitud de esposa en que se encuentra la Ekklesía.

Porque ser esposa quiere decir : entregarse por completo a

un principio superior, ser enteramente recipiente y copa para el superior; sólo así será la esposa una misma cosa con el esposo y participará de su dignidad. El que ama, pues, a Cristo no le pedirá cuentas de su obrar ni querrá entender su incomprensible modo de actuar; porque de ese modo la esposa obligaría al Es-poso a descender hasta sí y le humanizaría, siendo así que la verdadera Esposa —la Ekklesía— quiere precisamente ver a su Es-poso resplandeciendo sobre ella. Está sometida a la justicia del Esposo [13].

COMUNION DE AMOR EN EL SUFRIMIENTO

La Esposa tiene que experimentar todo lo que experimenta el Esposo. Si El tiene que soportar penalidades, si es que tiene que arriesgar su vida — qué honor para ella el poder sufrir con El!—. La comunión en el dolor es comunión de amor, porque Cristo sufre por Agape y, gracias a sus sufrimientos, ayuda al Agape a alcanzar el triunfo. El sufrir con Cristo es como una transfiguración secreta. Esta transfiguración se hará visible algún día : en la Parusía del Señor.

El morir con el Señor es el origen de la vida; ahí es donde el Señor reconoce la fidelidad de la Esposa y se desposa entonces con ella para toda la eternidad. Los sufrimientos de la Cruz son ya los precursores de las Nupcias [14].

LA HERMOSURA DE LA ESPOSA

Nada hay más hermoso que el Señor resucitado, que se presenta ante nosotros como Rey del mundo de hermosura infinita, adornado con el brillo de pureza divina y con su gloria eterna de luz infinita. Al lado suyo y después de El, no hay nada más hermoso que la Ekklesía, la Esposa que el Señor ha purificado con su Sangre y vivificado y transfigurado con

su Pneuma. Se encuentra junto a su Señor con los encantos de su amor de Esposa y es su reflejo; los dos ofrecen su amor al Padre de quien procede todo, en última instancia, y a quien todo vuelve [1].

Cuanto más espléndido es el Señor, tanto más espléndidamente brilla la Ekklesía, cuya luz proviene enteramente del Señor, del mismo modo que la luna debe su luz plateada a la luz del sol. Cuanto mejor conozcamos a Cristo en su gloria, en la gloria del Padre, que le corresponde como a Unigénito, tanto mejor reconoceremos también la grandeza y hermosura de la Iglesia; entonces la reconoceremos y contemplaremos cada vez mejor en su aspecto celeste.

Mientras sigamos contemplando a Jesús como mero hombre y le sigamos en su caminar por la tierra y le veamos en la cruz solamente como el último de los hombres ¹, también a la Iglesia la seguiremos viendo en su apariencia externa y humana. La consideraremos como una agregación de hombres, vulgares y oprimidos, donde no están separados todavía los buenos de los malos, los puros de los impuros, como en el Arca de Noé, donde la cizaña sigue mezclada con el trigo. La veremos en sus luchas y dificultades humanas, en sus contactos con el mundo que mancha aun lo que es puro y mezcla lo santo con lo profano. Mas, si no despreciamos al Salvador en su humildad, si no le negamos como lo hicieron Pedro y, antes, los fariseos, sino que le seguimos a través de la ignominia, que El tomó sobre Sí por nuestros

1. *Cfr. Is., 53, 3.*

pecados, tampoco despreciaremos a la Iglesia, encorvada bajo el dolor, perseguida y despreciada, sino que la abrazaremos con santa fe. Bajo los harapos de la humillación, viste la púrpura real de la Madre-Virgen. Sus pies tocan la tierra, pero su Cabeza descuella por encima de

las estrellas.

Cuanto más reconozcamos a Cristo, en pura oración, como Vencedor y Rey de la eternidad, tanto más subirá para nosotros la gloria de la Iglesia, de modo que cada vez la amemos más y más en su gloria interior. "*Omnis gloria eius filiae regis ab in-tus* — Toda la hermosura de la hija del rey es interior" (Ps. 44, 14 *Vulgata*). Cada vez veremos mejor su unidad. No es un conglomerado de individuos, sino la Esposa única que es *una sola* Persona sobrenatural y mística, gracias a la unidad de Cabeza y de Pneuma [2].

LA PLENITUD DE CRISTO

"A El ---a Cristo— sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas de la Ekklesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos" (*Eph.*, 1, 22 s.) 1.

La Ekklesia es la plenitud de Cristo, es decir, que está llena de El. La idea de "plenitud" combina perfectamente con la idea de Cuerpo, pues el cuerpo es lo que está lleno de la vida de la cabeza. También encaja bien con la idea de Esposa el concepto de plenitud; efectivamente, en el *Génesis* se dice de la mujer, que fue tomada del hombre y que éste la llenó; la mujer es el complemento del hombre. Así es que la Ekklesia se puede decir también que es la plenitud de Cristo en el sentido de que le da algo que sin ella no tendría. Pero esto no quiere decir que, sin ella, El sería imperfecto, sino, más bien, que ella es el vaso en que El puede verter su plenitud.

En este sentido entendieron también los Santos Padres la Iglesia como plenitud de Cristo, y en este mismo sentido podemos también nosotros decir con Teofilacto : "Cristo

recibe su complemento por medio de todos sus miembros" 2.

No se hará visible toda la plenitud de Cristo hasta que no hayan sido admitidos todos los hombres en el Logos humanado. Aun cuando en Sí mismo esté perfecto, Cristo necesita, sin embargo, que cada uno de nosotros, cada uno de los que hemos sido llamados y escogidos, se haga miembro de su Cuerpo místico, para que al fin del mundo pueda manifestarse toda la plenitud que reposa en El.

Así es que la Ekklesía es también la plenitud de Cristo en un segundo sentido : la vida de Cristo la invade y va creciendo

1. El texto original griego admite una doble traducción, según se entienda el verbo *αὐρῶν ἐβόη* en forma media o en forma pasiva. En sus últimos años, O. Casel prefirió la forma media en atención a la idea paulina de Cuerpo.
2 PG 124, 1049.

en ella hasta llegar a la plena medida de la edad adulta de Cristo; lo es todavía en otro sentido, en cuanto que ella manifiesta y despliega al exterior la plenitud de Cristo.

El Cristo pneumático —Cristo y la Ekklesía— es la meta de toda la "Oikonomía". Tanto la creación como el orden de la Redención se completan de igual manera en este único Cristo, es decir, en el Hijo que se presenta ante el Padre Eterno con su Esposa.

Es en este Cristo pneumático en quien está presente, según testimonio del Apóstol, toda la plenitud de la divinidad :

"Plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud" (*Col., 2, 19*).

"En El habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (*Col., 2, 9*).

"A El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por

cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo abarca todo en todos" (*Eph.*, 1, 22 s.).

La plenitud increada se infunde en Cristo y; por Cristo, en la Ekklesia; por eso, junto a la plenitud increada surge la plenitud creada 3. La plenitud creada ha adquirido forma, precisamente en el Cristo pneumático. Dios se vierte en el vaso creado y éste se llena de El, de suerte que se convierte también en plenitud. De este modo, la humanidad entera encuentra acceso, en Cristo, a la plenitud de la Trinidad [1].

El Señor pneumático anima y llena todo el cuerpo de la Ekklesia, su Esposa. De este cuerpo se *dice* : "Sólo un cuerpo y sólo un Pneuma" (*Eph.*, 4, 4). La misma vida divina del Dios Trino, que llena y transfigura el cuerpo de Jesús, llena y transfigura también el Cuerpo pneumático del Kyrios, que es la Ekklesia. Se presenta ésta ante nosotros como el vaso de la vida divina, desbordante de todos los dones de Dios, y comunicándolos a la humanidad, para que el Cuerpo de Cristo vaya cre.-

3. Sobre la plenitud creada e increada, cfr. "Una sola gracia", más adelante.

ciendo y floreciendo más y más, hasta que todos los miembros predestinados se unan con El "para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios... a la medida de la plenitud de Cristo" (*Eph.*, 4, 12 s.) [2].

CONSORS DIVINAE NATURAE

EN LA CORRIENTE DE LA VIDA TRINITARIA

Por nuestra unión con Cristo, Cabeza nuestra, nos hacemos una misma cosa con el Hijo de la Trinidad y conseguimos la participación en la naturaleza divina 1; por medio del Hijo,

nos hacemos una cosa también con el Padre y el Pneuma. Quedamos así incorporados a lo más íntimo de la vida trinitaria de Dios.

"Ahora, tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo existiese" (Jo., 17, 5).

La gloria que pide Jesús es la vida trinitaria desbordante, que alcanzó para su Ekklesía por su obediencia hasta la muerte y que la Ekklesía, a su vez, recibe a través de El. Es la vida, gloriosa del Padre en la que es introducida por el Hijo la Iglesia unida a Cristo, la Iglesia que está unida a Cristo como Este lo está con el Padre. Ya no hay más separación : Padre, Hijo y Ekklesía están unidos en una misma y única corriente de vida y de gloria.

SENTADA EN EL TRONO DE DIOS

"Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono" (Apoc., 3, 21).

Por haber vencido como Hombre por la oblación de su carne mortal, el Hijo fue exaltado, también en su naturaleza humana, al trono del Padre ; en esta dignidad suya tomamos también

1. Cfr. 2 *Petr.*, 1, 4.-Sobre todo este tema, cfr.: "La Iglesia como Esposa de Cristo", más adelante, nota 37.

parte nosotros y nos sentamos con El en su trono con tal de que antes hayamos alcanzado la victoria con el Señor en su muerte [1].

La esposa no se entrega al esposo por la violencia, sino con alegría jubilante; su gozo es estarle encadenada. La Ekklesía

o el alma se entregará al Señor libre y amorosamente, quiere ser su esclava. Ambos, Cristo y la Ekklesia o el alma, son como *una sola* persona ante el Padre; descansan sobre su corazón como *un solo* Hijo bienamado. Cuando el Padre dice a Cristo : " ¡Tú eres mi Hijo! Te engendro hoy" (*Ps. 2, 7*), estas palabras se las dice también a la Ekklesia, que es introducida de ese modo en la Santísima Trinidad y reina por tanto eternamente con el Padre y el Hijo y el Santo Pneuma [2].

La vida interior de la Trinidad, la vida divina, nos asirá ; los torrentes de esta vida correrán por nuestra alma, que fue creada a imagen de Dios y por eso puede, por la gracia, servir de recipiente a esta vida. La vida de Dios se desbordará sobre nosotros y nos dilatará hasta la medida de Dios. Nosotros debemos con-templar con los ojos de Dios. El Padre engendrará en nosotros a su Hijo y nos reengendrará a nosotros en su amado Hijo. El Hijo amará en nosotros al Padre y recibirá en nosotros la vida del Padre ; será en nosotros Hijo de Dios. Nos asirá el amor ardiente del Santo Pneuma, hasta el punto de que nosotros ama-remos a Dios con su propio amor.

De este modo el alma, la Iglesia, se sienta realmente en el trono de Dios, es introducida en la gloria y felicidad infinitas de Dios. ¿No es ésta una meta por la cual se puede renunciar a todas las cosas humanas y terrenas como naderías? [3].

MORADA DE DIOS

El principio de nuestra unión en Cristo y con Cristo es, en última instancia, el Padre. El no se hizo hombre, pero su Hijo hecho hombre es camino que conduce a El. Nuestra unión no se puede comprender, por tanto, más que a partir de Dios

como su causa y meta última. El que quiera comprenderla, el que quiera comprender a la Ekklesía, tiene que fijar sus ojos en la Trinidad, en el Misterio de la vida íntima de Dios. Como dice de María una bella expresión antigua ²: "*Totius Trinitatis nobile triclinium* —Noble morada de toda la Trinidad" [4].

² La frase se encuentra debajo de la pintura de la Anunciación de Fra Angélico, en San Marco de Florencia.

MATER ECCLESIA

DOS TEXTOS CRISTIANOS ANTIGUOS

MADRE FECUNDA

La Santa Ekklesía, virginalmente pura en su unión conyugal y fecunda en su descendencia, es Virgen por su pureza, Madre por sus hijos. Nos engendra, pues, una Virgen, llena, no por obra del hombre, sino por obra del Pneuma. Nos engendra una Virgen, mas no con dolor de sus miembros, sino en medio de la alegría de los ángeles. Nos alimenta una Virgen, pero no con leche corporal, sino con la del Apóstol, con aquella leche con que él alimentaba la flaca edad (es decir, la vida tierna y recién abierta) del pueblo aún en edad de crecimiento.

¿Qué mujer ha tenido más hijos que la Santa Ekklesía, que es Virgen por los Misterios, Madre por el pueblo de Dios? De su fecundidad da también testimonio la Escritura : "Los hijos de la abandonada son más numerosos que los hijos de la casada" (Is., 54, 1). Nuestra Madre no tiene marido, pero tiene un Esposo. Bien sea la Ekklesía como pueblo de Dios, bien sea el alma como persona individual, se desposa, sin contactos que manchen, con el Logos de Dios, como Esposo eterno, y no lleva en su seno un fruto ilegalmente concebido, sino al Logos 1.

MADRE DE LA FE

Madre de la fe, tálamo de sagradas nupcias, celeste cámara nupcial,

Hogar de tu Esposo inmortal, quien te ha aderezado para siempre,

Eres un segundo cielo admirable, ensalzado de gloria en gloria.

En tu piscina de agua nos das a luz nuevamente como hijos resplandecientes de luz.

Tú nos partes el Pan sin mancilla y nos das a beber la Sangre pura.

Tú nos elevas a una morada que se eleva por encima de los ángeles.

Venid, pues, vosotros, hijos de la nueva Sión, salid en santidad al encuentro de nuestro Kyrios.

Gustad y ved cuán suave y poderoso es nuestro Kyrios.

El antiguo tabernáculo era sólo una figura tuya, y tú eres una imagen superior.

Aquél forzaba puertas de piedra;

tú destruyes y aniquilas las puertas del infierno.

Aquél dividió en dos el Jordán;

tú partes en dos el mar del pecado universal.

El guía de aquél fue Josué, el capitán;

el tuyo es Jesús, el Hijo Unigénito del Padre.

Este Pan es el Cuerpo de Cristo;

este cáliz es la Sangre de la Nueva Alianza.

Se nos ha sido revelado el más grande de todos los Misterios,

el mismo Dios se nos revela aquí.

Este Misterio es el mismo Cristo, el Logos divino, que está sentado a la diestra del Padre.

Y aquí, inmolado entre nosotros,

borra el pecado del mundo.

Es bendito para siempre con el Padre y el Pneuma.

Ahora y siempre para el Aión venidero y para el mundo que jamás termina ².

² Canto de comunión de la Iglesia armenia; cfr. F. E. Brightman, *Liturgies Eastern and Western* (1896) 452 s.; da también la traducción inglesa; texto manuscrito.— Sobre las figuras del Antiguo Testamento que se mencionan en este texto, cfr. el libro de Josué, sobre todo *los.*, 3-4. 6.

UNA SANCTA CATHOLICA ET APOSTOLICA

LA AMADA

Adán sólo tenía una mujer, y Cristo sólo tiene una Esposa ¹, la Amada por quien derramó su Sangre, para adquirirla, purificarla y hacerla hermosa y sin mancha, para poder luego entregarse a ella. *Una est Electa mea* — Es única mi predilecta. Es verdad que esta Esposa tiene muchos miembros, pero todos forman un mismo cuerpo, un solo templo en el Señor, cuya cabeza y remate es el mismo Cristo, el Hombre-Dios *cuya* Persona no es una persona terrena, sino el mismo Logos. En El —en Cristo— llega también a su apogeo la Persona de la Iglesia ². Aun cuando cada uno de sus miembros sea también persona humana, como Iglesia, como Esposa de Cristo, el *anima ecclesiastica* ha entregado su yo al Esposo que ahora es su Cabeza. El Pneuma del Logos la penetra y la llena por entero ; por eso, su perfección y corona es el Logos, Dios mismo. También ella reina juntamente con el Padre, el Hijo y el Santo Pneuma, en la Trinidad Santísima ³, pero no como una persona nueva distinta, sino como la Esposa del Logos y como Templo del Dios Trino, porque el Padre, el Hijo y el Pneuma son un solo Dios. La Ekklesia está unida a Dios con los lazos más íntimos con que puede estarlo una criatura. Los

miembros están unidos entre sí, pero no sólo moral-mente, sino sustancialmente, en virtud del único Pneuma del Hombre-Dios, por la Trinidad Santísima que en ellos habita esencialmente 4. ¿No es ésta la mayor unión posible, que nos

¹ Gr. San Jerónimo, *Adv. Iov.* I., 16: "Cristo, virgen según la carne, desposado una sola vez según el Pneuma; pues no tiene más que una sola Ekklesía".

² Cfr. la Introducción p. 29, la nota 9.

3. Cfr. más arriba: "La Iglesia como Esposa de Cristo", p. 91, la nota 37.

4. Cfr. entre otros, San Hilario, *De Trinitate* 8, 8, 13.— Por "sustancial", O. Casel entiende "real, óntico". Las expresiones "sustancial" y "sustancia" O. Casel no las emplea en el sentido estricto y preciso de la filosofía eclesiástica, *si bien* el sentido que les da es también posible en dicha filosofía; hay que advertir aquí que, según el Concilio Lateranense IV (Denz. 432), los conceptos filosóficos *son* sólo conceptos analógicos, "semejantes y desemejantes, a la vez, respecto del Misterio significado" (O. Karrer, *Spiritualität u. Dogma in ökumenischer Fragesstellung*, en: *Kirche u. Überlieferung*, ed. por J. Betz y H. Fries, Friburgo, 1960, p. 320.—Sobre la palabra "sustancia" cfr. especialmente J. Gredt, *Elementa Philosophiae Aristotelico-Thomisticae*. Vol. I ('1937), n. 179, pág. 142.

da derecho a hablar de una sola Ekklesía? Se puede entender la unidad en un sentido jurídico, entendiéndola de la única Iglesia que salva bajo el Papa. Mas, tras esta unidad jurídica, está la unidad mística de la única Esposa de Cristo, fuera de la cual Cristo no reconoce a ninguna otra.

Una vez más queremos apartar los ojos de la imagen, muchas veces desorientadora, de una Iglesia que sólo se ve externa y jurídica, para contemplar la imagen divina, la única realidad verdadera, la "*superna Ierusalem, quae est mater nostra* —la Jerusalén de arriba, que es madre nuestra⁵ y a la vez *virgo*, por-que no la ha tocado ni mancillado el mundo. El original que refleja la gloria del Hombre-Dios debe dar alas a nuestro amor a Cristo.

¡Esta Esposa somos nosotros mismos! Cada uno de los miembros pertenece a la hermosura de la Esposa. Si falta un solo miembro o es imperfecto, falta a la Ekklesía una parte necesaria. Y en cada uno de los miembros se refleja la

Esposa por entero 6. Por eso, los Santos Padres, especialmente Orígenes y San Ambrosio, hablan de la *Ecclesia vd anima ecclesiastica*, de la Iglesia o

5. Cfr. *Gál.*, 4, 26.

6 Cfr. p. 196. La expresión "parte necesaria" no quiere decir que, sin los individuos, la Iglesia esté incompleta, sino : Allí donde estoy yo, no hay Iglesia, si yo reniego.—En este sentido se dice en las *Constituciones Apostólicas* (II 59 ed. Funk) : Cuando el Obispo habla al pueblo, exhórtele a "que acuda a la iglesia mañana y tarde..., para que nadie, con su ausencia, mutile a la Iglesia y prive de un miembro al Cuerpo de Cristo".

del alma eclesial. Ahora bien, la Esposa se guía completamente por su Esposo, se forma según el modelo suyo. La cabeza es la medida del cuerpo. Fijémonos, por eso, siempre en Cristo, con-formémonos según su imagen, para que seamos realmente su "gloria" (*1 Cor.*, 11, 7). ¡Y no olvidemos al Pneuma que hace latir a todos los miembros! "*Unum corpus et unus spiritus* —un solo cuerpo y un solo Pneuma" (*Eph.*, 4, 4). Este Pneuma es el amor que une las piedras de la Casa de Dios a modo de argamasa. Por muy bien tallada que esté la piedra, sin esta argamasa —sin el amor— no se sostiene, se desprende nuevamente. Tiene que tener también la medida justa; ahora bien, la medida es la humildad. Si la piedra es demasiado grande, no encaja en su sitio; ¡dichosa si se deja labrar por el sufrimiento y por la paciencia! Si es demasiado pequeña por pusilanimidad, desaliento, egoísmo o miras terrenas, no llena su espacio ; en cuyo caso se le dice: "*Dilatimini!* — ¡ensanchaos" (*2 Cor.*, 6, 13), para que podáis llenar vuestro puesto !

Ningún miembro se siente entorpecido por estar unido al cuerpo. En cambio, si es amputado, queda sin fuerza, sin hermosura, sin vida: se corrompe. De un modo análogo, tampoco los miembros quedan cohibidos por su comunión con el Cuerpo de Cristo, antes se sienten libres, vivificados, hermoseados, inmortalizados, como una parte necesaria de la Esposa eterna. Cada piedra levanta y sostiene a las demás ; sin las otras, no sería más que una pieza suelta.

¡Contemplemos con frecuencia en nuestra oración a esta gloriosa Esposa *única*, la Esposa del Cordero, la Esposa del Hombre-Dios, la *Una Electa*, la única predilecta del Logos! Saquemos de esta visión, cada vez, el gozo renovado de nuestra vocación singular y eterna. "*Veni, et ostendam tibi novam **nuptam uxorem agni!*** — ¡Ven y te mostraré la novia, la Esposa del Cordero! (Apoc., 21, 9).

CUERPO SANTO DE UNA SANTA CABEZA

La Esposa única es también la *una Sancta, la única Santa*. Esto lo entenderemos tanto mejor, cuanto más contemplemos a Cristo en su santidad. Cristo es el "Santo de Dios" (Mac., 1, 24; Le., 4, 34), no sólo porque su voluntad está identificada con el Padre, sino porque Dios, el único infinitamente Santo, habita en El personalmente, como dice el Apóstol : "En El habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col., 2, 9). La palabra "corporalmente" tiene aquí un sentido distinto del que se podría esperar a primera vista. No es tanto una alusión a la En-carnación del Logos o al Cuerpo pneumático de Cristo, como una sencilla afirmación : *con el mayor realismo*. La plenitud de la divinidad habita en Cristo, en primer lugar, por cuanto que El es la Persona del Logos ; además, porque El, en su naturaleza humana glorificada, lleva la máxima plenitud de gracia creada, de suerte que está perfectamente unido con Dios y habita en El la infinita plenitud de la vida divina. Por eso, el Señor está completamente al abrigo del mundo y del pecado ; es santo como Dios y en cuanto que es Dios. También en torno a El —en torno al Hombre Dios— los ángeles están temblando reverentes y can-tan el trisagio, porque desde el momento de la Resurrección la santidad de Dios, la santidad del Logos, penetra de esplendor toda su naturaleza humana ; ahora esta santidad es ya visible aun en su cuerpo, mientras

que antes estaba oculta bajo la carne de pecado.

Ahora bien, el Señor, con su muerte de cruz, purificó y santificó la naturaleza humana por causa de nosotros : "Por ellos me santifico, para que ellos sean santificados de verdad" (Jo., 17, 19). Esta frase del Señor, San Agustín la comenta así :

"Mas porque el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, fue hecho Cabeza de la Iglesia, y ellos miembros suyos, dice lo que sigue : `Y por ellos me santifico a mí mismo⁷. ¿Qué significa : `Por ellos me santifico yo a mí mismo', sino que los santifico en mí mismo, siendo ellos yo '. Porque éstos de quienes ahora habla son, como dije antes, miembros suyos, y un solo Cristo es Cabeza y Cuerpo... Habiendo dicho : 'Yo por ellos me santifico a mí mismo' y dándonos a entender que lo dijo porque los santificaba en sí, añadió : `Para que ellos sean también santificados en la verdad' ⁸; lo cual ¿qué otra cosa es sino en mí, porque la Verdad es aquel Verbo que era en el principio de su creación, cuando el Verbo se hizo carne, porque una persona fueron el Verbo y el Hombre. Entonces se santificó en sí, esto es, se santificó a El, Hombre, en El, Verbo, ya que el Verbo y el Hombre son un solo Cristo, que santifica al Hombre en el Verbo. Y en atención a sus miembros dice : `Y por ellos yo me santifico', es decir, para que también a ellos les sea provechoso, porque también ellos son yo⁹, como a mí me fue de provecho en mí, esto es, los santifico a ellos en mí como a mí mismo, porque ellos en mí son también yo ¹⁰. Para que ellos sean santificados en la verdad' "¹¹

De la Cabeza —Cristo— se derrama sobre todo el cuerpo la santidad, es decir, la presencia y la fuerza de Dios. La Iglesia es santa, porque Dios mora en ella, por ser templo del Dios santísimo. No cabe en este templo santo nada profano, nada que esté manchado por el pecado, nada que no sea santo.

Por eso, las faltas que vemos también en los cristianos no deben hacernos desistir de contemplar la Iglesia en su santidad. Allí donde está el Pneuma de Dios, hay también santidad, aun cuando sobre ella se ciernan quizá nubes de debilidades y fragilidades humanas. El Señor escondió también su santidad bajo el velo de su carne de pecado. La Iglesia, pues, es también santa, y en sus miembros

7. *Cum et ipsi sint ego.*

⁸ *Veritas* significa la realidad, que es Dios mismo; en ella tienen parte los redimidos, por pura gracia.

9. *Quia et ipsi sunt ego.*

10 *Quoniam in me etiam ipsi sunt ego.*

11 *In Jo. tract. 108, 5* ("Biblioteca de Autores Cristianos" 165), Madrid, 1957, pp. 623-625.

debemos ver, antes que nada, lo santo, la obra de Dios; entonces el velo oscuro de la humanidad no nos ocultará nada esencial. Aun en el último de los miembros del Cuerpo de Cristo reconoceremos y veneraremos con santo respeto la acción de la gracia, y no pasarán inadvertidos para nosotros los destellos del fuego divino. "*Caritas non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati* — El amor no se alegra de la injusticia, mas se complace en la verdad" (1 Cor., 13, 6). El alma se dilata y se complace en la santidad inmaculada de la Esposa : ¡Es bienaventurada, porque ella misma es la Esposa! Participa ***in sorte sanctorum in lumine*** — de la herencia de los santos en el reino de la luz ¹²; ella misma es Esposa santa de Cristo. Precisamente por haber buscado en la humildad solamente la santidad de Cristo y de la Iglesia, ella —hasta cierto punto, sin esforzarse, sólo por el fervor de su amor— se ha encontrado santa. A la que ama humildemente le llega de un modo espontáneo el don sobreabundante de Dios [1].

Lo que hace que sea tan admirable y tan magnífica la santidad que posee en Cristo todo el Cuerpo, es que esa santidad es, en todos, como una participación de la santidad

total del mismo Cristo. Así es que tenemos derecho a rezar con el salmista : "Guarda mi alma, porque soy santo" (Ps. 85, 2). ¡Frase atrevida ! Pero es que somos santos en cuanto que pertenecemos al Cuerpo de Cristo : lo explica así San Agustín, interpretando el *Salmo 85 13*:

"Porque soy santo. Al oír esta frase, reconozco la voz de Cristo. ¿Pero voy a separar de ella mi voz? Ciertamente cuando la pronuncia habla en cuanto que está indisolublemente unido a su cuerpo. ¿Me atreveré, por tanto, a decirlo : porque soy santo? Si eso lo entendiera de una santificación no recibida y que no necesita de nadie que la santifique, sería soberbia y mentira. Pero si se trata de una santificación recibida, como cuando se dice : `Sed santos, porque yo soy santo' ¹⁴, en ese caso atrévase el Cuerpo

¹² Cfr. *Col.*, 1, 12.

¹³ *In Ps. 85, 4.*

¹⁴ Cfr. *Lev.*, 19, 2.

de Cristo, atrévase el Unico Hombre (pues desde todos los confines de la tierra clama a una), atrévase a decir a una con su Cabeza y subordinado a ella : `Porque soy santo...!' No es la soberbia de un engreído, sino la confesión del agradecido. Cuando tú dices que eres santo por tus propias fuerzas, eres soberbio. Pero cuando eres un creyente de Cristo y un miembro de Cristo, y dices que no eres santo, eres un desagradecido... Siendo miembros de su Cuerpo, los bautizados que dicen que no son santos, ofenden a su Cabeza, pues en ese caso los miembros de esta Cabeza no serían santos. ¡Mira, pues, dónde estás situado y recibe de tu Cabeza tu dignidad!" [2].

Si buscamos la santidad, tenemos que asirnos a la Iglesia, a la manifestación visible de Cristo. La Iglesia es la carne del Señor; en ella encontramos nosotros su Pneuma, el Pneuma de la santidad. En sus Misterios sagrados corre la Sangre de

Cristo que nos santifica, corre su óleo que nos consagra, mana la leche que nos alimenta, crece el pan que nos fortalece. Por todo ello llamamos a la Iglesia, *Sancta Ecclesia* : porque es santidad y comunica santidad [3].

DIMENSION UNIVERSAL

La Ekklesia es también la *catholica*.

No debemos entender demasiado humanamente esta propiedad de la Iglesia —como tampoco las dos primeras—. La Iglesia no es católica únicamente porque abraza a todos los hombres, sino que es católica en su misma esencia. Es universal, porque es en Dios y Dios está por encima de todos, porque en Dios no se dan las fronteras y circunscripciones que se dan entre los hombres. Por eso, es católica también en sentido espiritual, en cuanto que reconoce lo divino en cualquier parte 15 y no se

15. En su dimensión católica, la Iglesia ha reconocido también siempre la existencia de elementos valederos en el paganismo, porque provienen de la revelación cósmica de *Dios*. Véase la Introducción, p. 47. Cfr. Pío XII en la encíclica *Divini Praecones*: "La Iglesia no despreció ni rechazó jamás las doctrinas de los paganos, sino que las limpió de toda impureza". "Herder-Korrespondenz" 5 (1950-51), p. 547.

deja envolver en cuestiones humanas estrechas y mezquinas. También en esto tiene que aprender el cristiano a entrar en la inmensidad de Dios, a deponer todo egoísmo mezquino. Dios tiene que ser todo en todos [4].

De las estrecheces y tristezas de nuestro pequeño yo y de nuestra piedad egoísta, la Iglesia nos llama a la inmensidad de Dios. No he sido yo, les dice, la que ha angostado vuestros senderos ; los habéis querido así vosotros mismos cuando vertisteis ingredientes humanos en la bebida de Dios; ¡liberaos, dilatad y ensanchad vuestras entrañas! La Santa

Iglesia, como Esposa del Logos y Sede de la Sabiduría, no es jamás mezquina ni estrecha; es amplia, pero quiere también espíritus grandes y magnánimos, que se han liberado enérgicamente de las pequeñas ataduras del egoísmo y de las apetencias terrenas [5].

Ante todo, es el Agape de los verdaderos cristianos el que debe ser católico en el sentido original de la palabra; debe abarcar a todos los que pertenecen a Cristo. El amor tiene que ser tan vasto como el mundo, debe ofrecerse a todos, a imitación de la gracia de Dios que también se ofrece a todos ; debe abrazar aun a nuestros mismos enemigos, para que vengan a ser hermanos nuestros. En su escrito *In Epistolam Ioannis ad Parthos*, donde expone gráficamente estas ideas sobre la dimensión universal del Agape, San Agustín prorrumpie en las siguientes exclamaciones : " ¡Amad a todos los hombres, aun a vuestros enemigos! ¡No porque sean hermanos vuestros, sino para que lo sean! De ese modo arderéis siempre en amor fraterno, bien para con el que es ya. vuestro hermano, bien para con vuestro enemigo, para que por el amor se haga vuestro hermano... ! Aunque todavía no crea en Cristo..., tú ámale, y ámale con amor fraternal! No es aún tu hermano, pero tú le amas precisamente para que lo sea. Todo nuestro amor es, pues, amor fraterno y para todos los miembros de Cristo" 16

¹⁶ *In Epist. Jo., 10, 7.* El libro de P. Vervoort: *Sie tanzen in Monomotapa, Würzburg, 1958, demuestra lo poco que se practica hoy entre los cristianos este amor universal.*

Es éste un amor tan vasto y universal, como la misma Iglesia, que es supranacional, internacional, mundial. Precisamente lo que la humanidad anhela *hoy* y se esfuerza por conseguir, la Iglesia lo ha realizado siempre en su ser, y solamente ella puede hacerlo, porque su unidad se apoya sobre bases divinas [6].

EDIFICADA SOBRE EL FUNDAMENTO DE LOS APOSTOLES

Finalmente la Ekklesia es la *apostolica*, es decir, edificada sobre los Apóstoles, y, por consiguiente, sobre Cristo : "No sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Pneuma" (**Eph., 2, 19-22**). **Cristo** mismo es la piedra angular que culmina, corona y sostiene a la santa Iglesia; en esta función no se deja sustituir por nadie. Es también el fundamento, y "nadie puede poner otro, sino el que está puesto, que es Jesucristo" (1 Cor., 3, 11). Sin embargo, en la función de fundamento se 'hace sustituir por sus Apóstoles y Profetas, que poseen su Pneuma [7].

Después que el Señor murió y se sentó a la diestra del Padre, ocultándose de ese modo al mundo, entraron en escena los Apóstoles como lugartenientes visibles suyos y, a la vez, como su "prolongación" visible en la tierra. En la persona de sus Apóstoles, los pies del Señor recorrieron el orbe entero. "El que a vosotros oye, a Mí me oye" (Lc., 10, 16). "Le diste —a la Iglesia— los Apóstoles como delegados de tu obra" ¹⁷. El *Pastor aeternus*, el Pastor eterno, no abandonó a su rebaño; lo apa-

¹⁷ Prefacio de las fiestas de los Apóstoles.

cienta desde el cielo, invisible, sí, pero con mucho poder, y le da, además, sustitutos visibles de sus cuidados pastorales.

Los Apóstoles poseen el Pneuma con una plenitud especial. Se lo dio el Señor inmediatamente después de su

Resurrección. Sopló sobre ellos ¹⁸ y les comunicó su plenitud, su poder y su Agape. "Simón, hijo de Juan, ¿me amas? ...Entonces, apacienta mis ovejas" (Jo., 21, 17). Por medio de los Apóstoles nos habla el mismo Señor.

La Iglesia recibe su sello propio de los Apóstoles. Cristo edifica su Iglesia por medio de los Apóstoles. Por eso, la Ekklesía es la *Una Sancta Catholica Apostolica*, Una, Santa, Católica, Apostólica. Todo lo que es apostólico es esencial a la Iglesia; lo que no es apostólico es accidental, sí, es una falsificación de la Iglesia [con ello no queremos negar, naturalmente, la legitimidad del desarrollo auténtico] ¹⁹.

"Apostólico" es el criterio de la Santa Iglesia, y de su verdadera doctrina, del culto legítimo y del amor genuino [8].

¹⁸ Cfr. Jo., 20, 22.

¹⁹ Sobre este punto, cfr. entre otros H. Küng, *Konzil und Wiedervereinigung*, Viena' 1960, pp. 25-37; 60-67, especialmente p. 29: "A pesar de la indestructibilidad esencial de la Iglesia, este proceso de formación, históricamente necesario, no significa para ella solamente una limitación y cierta estrechez de miras en cada época, sino que, además —a causa de la fragilidad humana—, significa siempre, por des-gracia, cierto proceso de deformación : faltas y defectos, un peligroso énfasis de elementos que de suyo son legítimos, descuidando otros que son por lo menos tan importantes, acentuaciones y proliferaciones hasta llegar a posturas absolutistas heréticas (de un modo solapado, si no abiertamente)." Desde que el papa Juan XXIII invitó a los hermanos separados, no a "venir a una casa extraña, sino a la casa común, a la casa paterna" (cit. por Lorena jaeger, arzobispo de Paderborn, *Das aumenische Konzil*, p. 123, Paderborn, 1960), se ha hecho general la llamada "a presentar y arreglar esta casa paterna de suerte que los hermanos separados puedan verla y reconocerla como tal. De aquí deriva, sobre todo para los hijos mismos de la casa, sin excepción, una exigencia... a presentar y realizar en su existencia lo que la Iglesia de Jesucristo es y quiere ser". (H. Fries, *Aspekte der Kirche heute*, en : *Kirche u. Ueber lieferung*; véase nota 4, p. 306).

En un texto que se refiere a la narración bíblica del matrimonio de Isaac con Rebeca, San Cirilo de Alejandría nos dice que para edificar la Iglesia, Dios se valió de los Apóstoles : "A aquellos que han sido justificados en Cristo y han alcanzado la unión con Cristo por la participación del Santo Pneuma según el beneplácito del Padre, el sabio Pablo les dice : 'Os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen' (2 Cor., 11, 2). Los

Apóstoles se convirtieron en muñidores de boda y en paraninfos cuando acercaron a los que aún estaban alejados y los unieron a Cristo y los congregaron en la unidad del Peuma. Cristo se presentará a Sí mismo la Ekklesía cuando la resucite y Dios Padre la conduzca y la despose con su propio Hijo, aunque, sin duda alguna, por mediación de los Santos, pues David, inspirado por Dios, al anunciar anticipadamente el Misterio, le habla así —a la Ekklesía—: `Oye, hija: mira, dame tu oído. Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre ; que prendado está el rey de tu hermosura. Pues que él es tu señor, sírvele a él' (Ps. 44, 11 s.)" 20.

Igual que Eliezer, el encargado de Isaac ²¹, los Apóstoles son también casamenteros y paraninfos. Son los paraninfos del nuevo Aión, que conducen a la Ekklesía al Señor. Por esta razón en el Oficio de los Apóstoles rezamos también el *Salmo 44* ²². Mas detrás de la acción de los Apóstoles se oculta la acción del Dios Trino. Son el Padre, el Hijo y el Pneuma quienes llevan adelante las Nupcias de Cristo con su Esposa ; mas lo hacen por mediación de los Santos ; atraen a su propia acción a los Apóstoles [9].

²⁰ San Cirilo Alejandrino, *Glaphyrorum in Genesim III: De Isaac et Rebecca*, 1. PG 69, 148.

²¹ Cfr. *Gen.*, 24.

²² En los Maitines. *Brev. Mon.*

LA EKKLESIA Y LOS ANGELES

LA ESPOSA Y LOS PARANINFOS

Los ángeles no contemplan directamente el Misterio redentor; lo hacen a través de la Ekkiesía, a través del Cristo

pneumático 1. Ellos, por su parte, no pertenecen al Cuerpo de Cristo ; no son la Esposa, sino a modo de paraninfos que contemplan atónitos el Misterio del Esposo y de la Esposa.

ENSALZADA SOBRE LOS ANGELES

De un pasaje de la *Epístola a los Efesios* podemos deducir cuán elevada es la posición que, en la mente de San Pablo, ocupa la Ekklesía en la Economía de la Salvación, en el plan de amor de Dios : "... para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Ekklesía a los principados y potestades en los cielos" (*Eph.*, 3, 10). La Ekklesía ha sido elevada por Dios tan alto en el orden de la Redención, que las mismas potestades angélicas dei cielo no tienen noticia directa de la sabiduría de Dios que se manifiesta en el plan de redención para con los hombres, sino que la tienen mediante la Iglesia.

Esta misma idea la expresa también San Pedro en su primera Epístola : "Acerca de la Redención inquirieron e investigaren los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada, escudriñando qué y cuál tiempo indicaba el Pneuma de Cristo, que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirles. A ellos fue revelado que no a sí mismos, sino a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron, movidos del

1 Cfr. en el apartado siguiente, *Eph.*, 3, 10, y *1 Petr.*, 1, 12.

Santo Pneuma, enviado del cielo y que los mismos ángeles desean contemplar" (*1 Petr.*, 1, 10-12) ².

El Señor, que tomó carne y fue a la muerte y fue ensalzado por el Padre, está ahora sentado por encima de todas las Potestades en el cielo. Por encima de todos ellos fue

ensalzado este Hombre Jesús que se anonadó en la Pasión. Y con El y por El, también nosotros hemos sido ensalzados; con El vivimos y reinamos también nosotros por encima de los ángeles 3.

" ¡Ved, queridos, cómo hemos sido honrados ! ... Yo domino, dice Jesús, sobre los ángeles. Eso mismo haces tú a través del Primogénito 4. Me siento en el trono regio; siéntate también tú junto a mí a través del Primogénito ; `pues', así dice la Escritura, `nos resucitó con El y nos hace sentar a la diestra del Padre' (*Eph.*, 2, 6). Los Querubines y los Serafines, todas las Potestades, Virtudes, Tronos y Principados angélicos te veneran a través del Primogénito" 5.

LA SACERDOTISA Y LOS DIÁCONOS

Los antiguos cristianos tenían viva la conciencia de que los ángeles están también dondequiera que actúa la Ekklesía, del mismo modo que en la Escritura los encontramos tomando parte

2 En la *Vulgata* el versículo 12 es: *in quem desiderant...*; según el texto griego original debería decir: *in quae...*

3. En el orden de la creación, los ángeles están por encima de nosotros. Pero en el orden de la Redención, hemos sido ensalzados por encima de los ángeles en Cristo que asumió nuestra carne. En la piedad cristiana, esta idea se ha conservado en el culto mariano; a María se la llama "Reina de los ángeles". Ahora bien, lo que se dice de María vale también para todos los miembros de la Ekklesía.

4. Cristo es el Primogénito. Por nuestra unión con El, también nosotros dominamos sobre los ángeles. Cfr. *1 Cor.*, 6, 3: "¿No sabéis que nosotros juzgaremos a los ángeles?"

5. San Juan Crisóstomo, *In 1 Epist. ad Tim.*, 5. 16.

en todas las fases de la obra redentora 6. Esto se realiza principalmente en la Liturgia, donde estamos en íntima comunión con los ángeles. Estos actúan con nosotros, como diáconos; la Sacerdotisa propiamente dicha es la Ekklesía. Es ella la que celebra la Liturgia.

*Estás contemplando el santuario de la santa Mesa del Señor;
Permanece, pues, temblando, oh hombre;
baja los ojos al suelo.*

Pues ahí dentro es inmolado todos los días el Señor.

Y todos los grados del ejército celestial

le adoran con santa sumisión y llenos de temor 7

"¿Qué fiel podría tener siquiera una duda de que en el momento de la inmolación 8 a la voz del sacerdote, se abre el cielo; que en aquel Misterio de Jesucristo están presentes los coros de los ángeles; que lo más alto se une a lo más bajo, que lo terreno se junta con lo celestial y que lo visible se hace una misma cosa con lo invisible?" 9.

A la hora del Misterio, la acción sacrificial del Cristo se hace presente. Asisten los ángeles. El Eterno y Sumo Sacerdote, juntamente con su Esposa, celebra el Misterio que empezó en la tierra y se cumple en el cielo. El altar celeste, al cual pedimos que lleve nuestro Sacrificio el ángel, es nuestro altar 10. Cielos y

6 Cfr. *Mt.*, 4, 11; 13, 39; 16, 27; *Lc.*, 1, 26 ss.; 2, 13; 22, 43; 24, 4 ss.; *Apoc.*, 12, 7; 15, 1; 21, 12, entre otros.

7 Estos versos se leen en el Katholikon de la Lawra del Monte Athos y en la capilla de San Nicolás, del mismo lugar; cfr. JLw 13 (1933), 149. La creencia en los ángeles como diáconos de la Liturgia está particularmente marcada en la Iglesia oriental y ha influido también en el arte oriental. Los testimonios de los Santos Padres pueden leerse en JLw 13 (1933), 166 ss.

8. En latín: *hora immolationis*; *immolare* es un término sacrificial y en su significación primitiva quiere decir: sacrificar matando. Del contexto se deduce que San Gregorio Magno ve en el Sacrificio de la Misa la actualización sacramental del Sacrificio de la cruz.

9. San Gregorio Magno, *Dial.*, IV, 58 s.

10 Cfr. la oración del canon : *Supplices te rogamus*.

tierra están unidos y nosotros hemos entrado en la presencia directa del Padre.

Los antiguos cristianos creían que cada Ekklesía —cada comunidad cristiana— tenía su ángel propio. Se invocaba a este ángel al principio de la celebración litúrgica, para que

llevara el Sacrificio al altar del cielo.

EL SACRIFICIO DE LA IGLESIA Y EL SACRIFICIO DE LOS ANGELES

En el capítulo VII de la *Ciudad de Dios*, San Agustín habla del lugar de los ángeles en el Sacrificio : los ángeles "no quieren que nosotros les sacrifiquemos a ellos, sino a Aquel del que también ellos conocieron ser sacrificio con nosotros...

Formamos con ellos la única Ciudad de Dios, a la que se dice en el *Salmo*: `Cosas gloriosas se han dicho de ti, Ciudad de Dios' " 11.

Los ángeles están incorporados a la gran Economía de la Salvación; son, con nosotros, sacrificio para Dios, aun cuando no sean miembros del Cuerpo de Cristo, ya que no tienen naturaleza humana. Por eso, ellos no pueden ser sacrificio de la misma forma que nosotros, pero se adhieren al Sacrificio de la Ekklesía y juegan en él un gran papel. También ellos se ofrecen al Padre por Cristo, que es también Rey de los ángeles. En la gran Liturgia de la Redención ellos son diáconos —no sacerdotes— y así de alguna manera, están en medio de nosotros 12.

"Cuando sacrificamos, conocemos que se debe el sacrificio visible no a otro que a Aquel cuyo sacrificio invisible debemos ser nosotros en nuestros corazones. Entonces nos favorecen y se regocijan con nosotros y nos ayudan a esto mismo, según sus

¹¹ *Ps. 86, 3*; San Agustín, *De civit. Dei X, 7.* (BAC, 171-172), Madrid, 1958, p. 644.

¹² Cfr. nota 4.

posibilidades, los ángeles y las virtudes, que son superiores y más poderosos que nosotros en bondad y en piedad" 13.

En este pasaje, San Agustín contrapone el Sacrificio visible de la Eucaristía al sacrificio invisible del corazón, que somos nos-otros mismos. Cuando los dos sacrificios van unidos, celebramos la Liturgia rectamente ; para poderlo hacer así, invocamos el auxilio de los ángeles y los mencionamos en la Liturgia, a ellos que —como diáconos- celebran con nosotros el culto sagrado y a cuyo canto y oración unimos nosotros nuestras voces.

LA DOBLE COMUNIDAD DE ORANTES

"Es natural que cuando una multitud grande se congrega legítimamente para alabar a Cristo, se agrupan también los ángeles de cada uno alrededor de los que temen a Dios... De este modo en la reunión de los hombres piadosos se da una doble comunidad : la de los hombres y la de los ángeles" ¹⁴

13. San Agustín, *De civit. Dei* X, 19 (*ibidem*, p. 670).

¹⁴ Orígenes, *De oratione*, 31, 4 s. Sobre este tema ahora pueden consultarse también los artículos de ALw, VI, 1 (1959).

LA EKKLESIA Y EL COSMOS

Antes que toda otra criatura

Dentro del cosmos la Iglesia es la primera flor, por cuya causa fueron creadas todas las demás cosas.

"Nos bendijo en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos, por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo" (***Eph., 1, 3 s.***).

Detrás de estas palabras sobre nuestra pre-elección en Cristo —como requisito previo— late el Misterio del *Christus aeternus*, del Cristo eterno 1. Cristo tenía ya un ser en Dios desde toda la eternidad, no ya solamente como Logos, sino

también como hombre; El mismo dice en San Juan que estaba ya en el Agape del Padre antes de la constitución del mundo : "Me amaste .antes de la creación del mundo" (Jo., 17, 24). Pero esto no es sólo verdad de la persona humano-divina del Señor, sino también del Cristo dilatado, del Señor con su Ekklesía. De ella dicen también los Padres con razón ² que existía en el Agape del Padre, ya antes de la constitución del mundo.

El Agape eterno del Padre tuvo primeramente ante sus ojos al Hijo y en FA a la Iglesia y sólo ,por causa de ellos al cosmos.

El corazón del cosmos

Todas las criaturas, incluidas las potestades angélicas, están sometidas al señorío de Cristo. Sin embargo, dentro de la creación existe un ser que representa el corazón del cosmos y está unido a Cristo de un modo particularmente íntimo. Es la Ekklesía, que con relación a Cristo es Cuerpo, y Cristo, en relación a ella, es Cabeza.

1. Cfr. San Ambrosio, *In Luc.*, 10, 8.

² Cfr. entre otros, la *Segunda Carta de Clemente Romano*, 14; *Pastor de Hermas*, *Visio*, II, 4; citados en las páginas 85 s.

La flor del cosmos

Cristo no vino sólo a atraer a los pecadores, sino a reconciliar al universo entero con Dios. Y esto se realiza a través de la Ekklesía, pues ella es la flor de la creación. Estando ella reconciliada con Dios, todo el universo lo estará también.

Toda la creación retorna al *Christus aeternus*, que ya antes de la constitución del mundo estaba en el Agape del Padre. El universo fue creado en El, Hijo eternamente amado, Dios-Hombre elegido de antemano, y la creación ha alcanzado la

cima ea su Cuerpo pneumático, la Ekklesía, unida a Cristo. De la misma manera que la flor brota de la tierra y en ella la tierra entera se ofrece al cielo, así también la Ekklesía proviene de la creación y se ofrece en Cristo al Padre -y consigo ofrece a la creación entera.

La coronación de la creación

Como imagen dei Dios invisible, Cristo es al mismo tiempo el modelo de toda la creación; en El y por El ha sido creado todo el universo. Este señorío cósmico del yrios llega a su cenit cuando se hace Cabeza de la Ekklesía. Ella es la corona de la creación y El es la corona de la Ekklesía. Por medio de la Ekklesía, Cristo reina sobre la creación entera.

La cima del cosmos

El Redentor ha reconciliado con el Padre eterno al universo entero, a todo el cosmos, cuya cima es la Ekklesía. Pudo hacerlo, porque en El habita la plenitud de la divinidad.

La glorificación de la creación par la Ekklesia

La Iglesia cree que el Hijo de Dios tomó un cuerpo y lo inmoló en la cruz para redención nuestra. Sabe que El nos da en la Eucaristía, como comida y bebida vital, ese Cuerpo inmolado y su Sangre derramada. Está convencida de que juntamente con el hombre .ha sido redimida y glorificada toda la naturaleza crea-da por Dios ; por eso, ve en el Misterio la transfiguración de toda la naturaleza. Esta convicción la Iglesia la expresa, cuando al Misterio aporta dones que provienen de la creación : pan, vino, aceite, agua, sal. Entonces queda patente que toda la creación ha sido introducida en la glorificación.

La nueva creación tiene dimensiones tan vastas, que todas las criaturas han sido alcanzadas y transformadas por ella,

como lo explica San Pablo en la *Epístola a los Romanos* :
 "También las criaturas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (*Rom.*, 8, 21). Es tan pujante el nuevo ser de la humanidad incorporada a Cristo —de la Santa Ekkiesía—, que hasta la creación inanimada, que el hombre arrastró al castigo del primer pecado, queda libre de este castigo y todo el cosmos se transforma en una nueva creación [1].

Las más de las veces, la visión exacta de las cosas la encontramos hoy sólo en los niños. El niño auténtico ve en todas las cosas poderes vivos. Ve algo que está allí realmente, aunque escape al adulto. Lo dice Rilke en cierta parte muy hermosa-mente :

*Me gusta escuchar cómo cantan las cosas.
 Las tocáis — se quedan rígidas y mudas.
 Me matáis todas las cosas 3.*

3. Cfr. G. van der ,Leeuw, *Ph inomenologie der Religion*, Tubinga, 1933, pp. 17 ss.

Las cosas, en la Liturgia de la Iglesia, se conservan como una realidad viva. La Iglesia consagra las cosas para devolverles lo que fueron siempre y siguen siendo a los ojos de Dios según su esencia verdadera. De este modo en la Liturgia las cosas empezaron de nuevo a "cantar"; ya no son "rígidas y mudas", sino porta-doras de una fuerza superior [2].